

EL PENSAMIENTO POETICO DE PORFIRIO BARBA-JACOB

Meiner spanischen Muse aus diesem bewunderten Deutschland.

SUMARIO

- I. Poesía y pensamiento. — Semblanza del poeta.
 - II. Trayectoria de su vida. — Su obra poética. — Su obra en prosa. Biógrafos y comentaristas.
 - III. Temas de su poesía. — Visiones de vida: Visión del mundo, Naturaleza, Vida, Infancia, Amor, Dolor.
 - IV. Visiones de muerte.
 - V. El príncipe sombrío.
- Bibliografía. I. Obras de Barba-Jacob: 1, Ediciones básicas; 2, Otras ediciones. — II. Obras sobre Barba-Jacob. — III. Obras generales.

I

POESIA Y PENSAMIENTO

Este ensayo estudia el pensamiento de un poeta ¹. Entiendo por pensamiento poético la visión del mundo que el poeta revela en su obra, o sea, una interpretación lírica de la vida y de sus grandes motivos, que son, ante todo, el amor y la muerte. Digo pensamiento, y no me refiero a un conjunto de ideas

¹ Este trabajo fue escrito en España, en la primavera de 1957. Es un estudio de carácter académico, elaborado dentro del marco de actividades de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, a la cual he tenido el honor de pertenecer. Conté con la sabia dirección del maestro don Santiago Montero Díaz, catedrático de historia y filosofía de esa facultad, una de las figuras más impor-

filosóficas racionalmente expuestas, sino a un sistema de intuiciones vitales artísticamente expresadas.

La filosofía y la poesía lírica encauzan la inquietud humana por descubrir su origen, su destino, su condición. La pregunta por el ser del hombre da vida a estas dos expresiones, las más directas e intensas que el espíritu ha creado. Tienen un origen y una meta comunes: voluntad de visión y de conocimiento. Mas difieren en los medios de comunicación, pues cada una orienta por diverso rumbo su inquietud y su voluntad: hacia la visión y el conocimiento a través de la intuición van los poetas, en tanto que los filósofos van hacia ella y él a través del raciocinio. En éstos se resuelve en reflexión metódica todo cuanto en aquéllos determina "borrasca y ensimismamiento"².

tantes de la universidad española actual, y, en cuanto se refiere a este trabajo, uno de los mejores conocedores europeos de la poesía de Porfirio Barba-Jacob. Le quedo sinceramente reconocido. Quiero expresar también mi gratitud a dos españoles jóvenes, dos nuevos representantes del espíritu de España, universal y eterna, de quienes recibí ayuda y cordial solidaridad. Ellos son don José María Alvarez Romero, jefe del Departamento de Cooperación Intelectual del Instituto de Cultura Hispánica, y don José Luis López Henares, director del Colegio Mayor Hispano-Americano Nuestra Señora de Guadalupe, durante el año académico 1956-1957; los dos en Madrid.

Al dar ahora este trabajo a la publicación, merced a la gentileza de mi maestro don José Manuel Rivas Sacconi, Director del Instituto Caro y Cuervo y de su *Thesaurus*, quiero presentarlo únicamente en su calidad de planteamiento inicial del tema — pensamiento poético de Barba-Jacob —, como base para una obra de más detenida interpretación, en la cual trabajo actualmente. Advierto que aquí aparece reelaborado, en parte, el primer capítulo *Poesía y pensamiento y Semblanza del poeta*, que originalmente contenía un enfoque algo negativo y muy 'despistado' sobre el valor artístico de la obra a tratar. Confieso que sólo al escribir los capítulos finales, IV y V, *Visiones de muerte* y *El príncipe sombrío*, se me reveló la grandeza de la poesía de Porfirio Barba-Jacob en toda su agónica plenitud. (Stade, Elba, Alemania, enero de 1958).

² Expresión del propio Porfirio Barba-Jacob: "Yo era, pues — intuitivamente —, un hombre metafísico... y sentía urgencia de absolver grandes cuestiones para echar después los fundamentos de mi propia ética. / Necesidad del ser. / Ser. / Modo de ser. / En los filósofos profesionales, esto define claridad, método para la exposición. En los poetas determina borrasca y ensimismamiento" (*Claves* (1931), prólogo de su libro *Canciones y elegías*, México, 1932-1933). Cfr. su libro *Antorchas contra el viento*, edición de Daniel Arango (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, núm. 40), Bogotá, 1944, pág. 75. A este propósito, RAFAEL HELIODORO VALLE, uno de los más fieles amigos de Barba-Jacob, a quien éste llamará un día "su albacea" literario (Valle es seguramente el más inmediato conocedor de su vida y de su obra poética y periodística), dice del poeta: "No ha faltado quien le traicione improvisándole arengas como si hubiera sido filósofo, a él, que había

Palabras son éstas que no niegan la presencia de un sistema interno en la poesía. También el arte posee un sistema, bien que oculto: su visión del mundo, su *Weltanschauung*.

El método que sigo en este ensayo es, por lo tanto, distinto del que se emplearía en el análisis de un pensamiento filosófico. No busco en la obra del poeta una ideología propiamente dicha, sino una visión lírica del mundo. Quiero organizar racionalmente, hasta el límite de mi posibilidad, un panorama artístico que es, en su apariencia externa, anárquico y arracional. Trato, en fin, de desvelar el secreto sistema de esta poesía.

He dicho al empezar que los grandes motivos de la poesía — por serlo de la vida — son el amor y la muerte. Es verdad antigua, de la cual dan testimonio todos los grandes líricos³. Recuerdo, a manera de ejemplo, los versos de fray Luis de León:

el amor y la pena
despiertan en mi pecho una ansia ardiente;

los de Schiller, que nos revelan al hambre y al amor, “Hunger und Liebe”, como los dos móviles vitales por excelencia. (*Pena*

nacido con sabiduría antigua y no necesitaba disputar su puesto a la serpiente, porque era su encantador” (*Poemas desconocidos de Porfirio Barba-Jacob*, en *América* (México), núm. 57 (septiembre de 1948), pág. 162). Barba-Jacob no fue un filósofo, sino un poeta filosófico, que se enfrentó líricamente a los motivos últimos de la existencia humana. Por ello, el propio Valle añade luego: “Ya puede afirmarse que, sin haberlo conocido, era uno de los precursores del existencialismo” (*ibid.*, pág. 163).

³ A los fragmentos clásicos que cito a continuación, de Fray Luis, Schiller, Leopardi y Darío, cabría añadir muchísimos otros, de todas las épocas y países, sin olvidar a Barba-Jacob:

(¡Oh noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y el amor!).

En España, la idea del amor y de la muerte como motivos de vida y poesía, es la idea motriz del pensamiento poético y filosófico del gran Unamuno. DÁMASO ALONSO, poeta y crítico, en su estudio sobre *La poesía de Vicente Aleixandre*, afirma que “su tema central es el tema central — y único — de la poesía y de todo arte: la vida. Es decir, la muerte y el amor” (cf. *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid; 1952, pág. 289). Y otros sabios escritores españoles, como Pedro Salinas, Amado Alonso, Carlos Bousoño, han acogido en sus libros de crítica, expresa o tácitamente, esta orientación clarificadora.

en el maestro castellano y *Hunger* en el maestro alemán están vistos, a mi entender, como suma del dolor humano, que es presagio y vivencia de la muerte). Y recuerdo también los claros versos de Leopardi:

*Fratelli, a un tempo stesso, Amore e Morte
Ingenerò la sorte;*

no menos que la sentencia de Rubén Darío: “La poesía existirá mientras exista el problema de la vida y de la muerte”.

Vida y poesía, amor y muerte. Amor y muerte, motivos absolutos de poesía, por ser motivos absolutos de vida. La vivencia del amor — a la mujer, a la patria, a la humanidad, a Dios — y la vivencia de la muerte — su presagio, su fatalidad, su eternidad, su destrucción por la inmortalidad — forman la dualidad raigal de toda expresión poética con sentido trascendente.

A fin de conocer y comprender el pensamiento de este poeta, trato, en consecuencia, de descubrir las visiones de la vida, del amor y de la muerte que él revela en sus versos. Busco ante todo un núcleo central, un *Leitmotiv* de las ideas poéticas, que sea eje y base del interno sistema, que domine toda la visión del mundo, y al cual se sometan, respetuosos, los temas secundarios.

Y encuentro que el motivo conductor de este pensamiento es la intuición de la muerte, la presencia viva de la muerte⁴.

Pues hablo de un poeta, el gran colombiano PORFIRIO BARBA-JACOB (1883-1942), cantor de la “Vida Profunda” y de la Pro-

⁴ Barba-Jacob había definido su poesía como “la impresión valerosa, con tristeza imperial vestida, de imágenes y representaciones de un alma solitaria, y el grito desolado de esa alma en sus precarios fulgores, ante la inanidad de todo y la Muerte como límite” (*La diadema, fragmentos prologales de un libro inédito*; cfr. su libro *Rosas negras*, Guatemala, 1932-1933, pág. 34, y *Antorchas contra el viento*, pág. 41). DANIEL ARANGO, el mejor editor de esta poesía, y autor del más bello ensayo de aproximación a ella — al menos entre los que han llegado a mi conocimiento —, ha hablado de su condición agónica y mortal, y ha puesto de relieve la importancia que en ella tiene la muerte como elemento lírico (*Antorchas, prólogo*, págs. 11 y 14). Últimamente, el escritor italiano UGO GALLO ha dicho profundamente de Barba-Jacob que “la sua gamma sensibile è eccezionalmente varia; il filo condut-

funda Muerte, que obtiene su grandeza de su representación de la vida en presencia de su más alta verdad: la muerte. Un raro poeta que rechaza el amor o lo concibe sólo como sensualidad destructora, y que se queda dialogando a solas, por siempre, con la muerte. Los elementos vivos de su sistema poético, como la naturaleza, la infancia, la belleza, no son el vehículo de su más honda comunicación; y sobre ellos se agita también la sombra de la muerte. Penetrando en todo lo terreno, se encuentra siempre — el desolado — con la muerte. Y más allá de lo terreno, sólo la muerte. Como el clásico español, este nuevo clásico americano no halló cosa en que poner los ojos que no fuese recuerdo de la muerte. Gran poeta de la muerte, hermano de Jorge Manrique, Francisco de Quevedo, Miguel de Unamuno.

No vacilo en llamarle, desde luego, el más grande poeta de la muerte en América, la América española. Nadie entre los suyos, ninguno de sus más célebres contemporáneos, como Rubén Darío, Gabriela Mistral, César Vallejo y Pablo Neruda, nadie, se ha enfrentado a la muerte tan hondamente, tan prolongadamente como él. No conozco en la literatura americana otro sistema de visiones de muerte tan luminosamente estructurado, tan valeroso. Porfirio Barba-Jacob es, de los poetas del Nuevo Mundo, el 'Príncipe Sombrío', el Señor de la Muerte⁵.

La ruta de este ensayo de interpretación de su pensamiento será, pues, dada por la propia trayectoria del poeta en su busca de la muerte.

tore è un'ansia, ora accorata ora ribelle, sempre campeggiante nel pozzo della sua solitudine, un'attesa del fantasma della morte" (*Storia della letteratura ispano-americana*, Milano, 1954, pág. 324). Extraordinaria intuición de Arango y de Gallo, que el presente estudio trata de verificar, de 'realizar', al profundizar en el análisis de las visiones del mundo del poeta. Diverso enfoque general y otros sistemas de investigación separan a este ensayo, no obstante, de cuantos le han precedido en el intento de comprensión de este fenómeno literario y espiritual.

⁵ Tal se me presenta Porfirio, no a la simple lectura de sus versos, que ocultan su secreto al lector pasajero, sino luego de largo trato con su poesía y su pensamiento (y luego de la elaboración total de este trabajo). En busca de su imagen, es necesario recorrer un camino difícil y oscuro, como oscuro es el mundo moribundo del poeta, claro en la expresión, oscuro en el sentido. "Noche oscura del alma".

SEMBLANZA DEL POETA

Porfirio Barba-Jacob fue reconocido en sus días, en el ambiente literario de los países donde vivió, como uno de los mayores poetas hispanoamericanos. Se le admiró sobre todo en México, tierra que él adoptara como su patria espiritual y en la que hubo de residir por más de veinte años. Allí se le tuvo siempre por lírico de geniales visiones, compañero de González Martínez, de López Velarde y de Alfonso Reyes, las tres altas figuras de la poesía 'post-modernista' mexicana, que conoció su hora de triunfo hacia 1915-1925. En Cuba y en los países centroamericanos, gozó también Barba-Jacob de muy extendido prestigio. Poeta, periodista, interlocutor incomparable, hombre de vida "errabunda y extraviada"⁶, supo de la aclamación y de la fama — entre quienes le vieron y le conocieron — casi en la medida de un Darío o un Chocano, los bardos multitudinarios de América. Por aquellos años se le miró a menudo como al sucesor de Rubén Darío, que acababa de morir.

La poesía americana se encontraba entonces en un momento de tensión y expectativa. Desaparecido el gran maestro de la lírica castellana de ambos mundos, sus discípulos de América habían perdido toda influencia renovadora. Era ya pasada la hora del modernismo. Se había de torcer el cuello a los 'cisnes' de aquella escuela literaria, como el propio Darío y González Martínez lo preconizaran. Se esperaba la aparición del nuevo conductor poético de nuestros pueblos, que en el sueño de sus poetas se sabían uno solo y poderoso de creación espiritual. En el sur había surgido la desolada arboladura de Gabriela Mistral, que un día llegaría a ser también maestra de América. Pero aún faltaba entonces la personalidad que volviese a dar vida a la conciencia de poderío estético del continente criollo. Faltaba y se esperaba. Y en él veían, los amigos

⁶ "Se me reducirá acaso a unas cuantas páginas de antología, con la asignación de 'errabundo y extraviado'" (P. BARBA-JACOB, *La divina tragedia, el poeta habla de sí mismo* (1920), prólogo de sus *Rosas negras*; cfr. *Antorchas*, pág. 70).

y enemigos de Porfirio Barba-Jacob, entonces en la plenitud de la creación, al nuevo portador del mensaje mesiánico.

Sin embargo, Barba-Jacob no llegó nunca al reconocimiento definitivo. Por la extraña condición de su personalidad, este poeta fue desconocido en todos los ámbitos hispánicos que él mismo no conociera, y — paradoja aún mayor — casi ignorado en vida en su propia patria, su nutricia Colombia, de la que estuvo casi siempre ausente. Allí sólo sabían de su obra unos cuantos, los más inquietos, los más cultos; y, fuera de la generosa comprensión de algunos escritores, acaso hubo poco interés, entre la gente de aquel tiempo, por la difusión de su poesía. Aquellos eran los versos de un 'poeta maldito', de un hombre estigmatizado. Nunca se habían escuchado tan torturados acentos en pluma de Colombia. Inspiración realmente inaudita. Barba-Jacob fue, en verdad, el romántico desgarrado de una 'nación literaria' que se habíapreciado de clasicista. El sensorial, el poseído, el diabólico de una tradición secular de serenidad lírica. El *outsider*, el *étranger*, el extraño, el desplazado.

Alcanzó cierta celebridad entre los jóvenes de 1927-1930, por los días en que Porfirio volvió fugazmente a Colombia, dueño de un prestigio fantasmal como hombre y como poeta; algunos le reconocieron como maestro; pero... en definitiva, hubo que esperar hasta su muerte, que ocurrió en la ciudad de México, en enero de 1942, hace ahora tres lustros, para asistir a la consagración general de su obra entre sus compatriotas.

En España nunca fue leído, ni en su vida ni en su muerte. Contemporáneo de Unamuno, Machado y Jiménez, de Picasso, de Ortega y Gasset y de Marañón, de García Lorca, así como de los catalanes Maragall, Carner, Riba, Porfirio Barba-Jacob ha sido en su patria castellana uno de los grandes olvidados de América. (Único ignorado de los cinco 'dioses mayores' de la poesía contemporánea hispanoamericana: Rubén, Porfirio, Gabriela, César y Pablo). Y es hora de que empiece a dejar de serlo. La verdad es que un gran parecido generacional le une a los poetas castellanos de su tiempo, particularmente a Unamuno y a Machado. En los tres son comunes el castizo tradicionalismo formal, el apartamiento o la superación del espíritu modernista, y el anhelo de hondura interior; y pienso que el maestro

americano supera en general la sostenida tensión lírica del mastro vasco, y, aunque no alcanza la tersura expresiva del maestro andaluz, en las horas supremas de su poesía es tan intenso y comunicativo como ninguno, más que ninguno.

Hubo una dificultad que se opuso, por mucho tiempo, a la difusión de su obra. Barba-Jacob no llegó a publicar ningún libro de versos, ni quiso permitir que sus amigos lo hicieran. En los últimos años de su vida, circularon por América tres ediciones de su obra, una de México, otra de Guatemala y otra de Colombia, pero en ninguna de ellas intervino la voluntad del poeta⁷. El se había dado a conocer en periódicos y revistas de sus países; pero se negaba, gran intransigente, a la recopilación. Rehusaba asesinar sus canciones dentro de un libro, “asesinarlas y sepultarlas dentro de un libro”, como él mismo explica; y agrega:

Hay muchos libros de poetas y muy pocos grandes poetas, decía yo. Y esperaba. Y trabajaba... ¡Un día llegará en que las palabras me enseñen sus azules secretos! ¡Entonces pondré en formas mejores la emoción y el ensueño que provisionalmente dejo en éstas!⁸.

No estaba igualmente orgulloso de toda su obra. Entendía la desigualdad que en ella reina. Por saberse genial, como el que más lo fuera, no se reconocía todo él en muchos de sus versos, siempre agitados interiormente, pero a veces de corte fatalmente gastado, producto de un retórico arcaicismo. Ya en los días de su juventud, uno de sus amigos de Cuba, Arturo Carricarte, dudaba si el colombiano “pertenece al presente o era ya del pasado”⁹. He aquí el factor negativo de su poesía, que tanto ha contribuido a su aislamiento. Al lado de versos maravillosos, de estrofas inmortales (“poemas intemporales”,

⁷ Las tres ediciones fueron: las citadas *Rosas negras*, edición de Rafael Arévalo Martínez, Guatemala, 1932-1933; las citadas *Canciones y elegías*, edición de “Alcancía”, México, 1932-1933; y *La canción de la vida profunda y otros poemas*, edición de J. B. Jaramillo Meza, Manizales, Colombia, 1937. Ninguna de ellas fue autorizada directamente por el poeta, como consta en su carta a JARAMILLO MEZA, de 20 de agosto de 1937, transcrita en la obra de éste, *Vida de Porfirio Barba-Jacob*, segunda edición, Bogotá, 1956, págs. 162-164.

⁸ *La divina tragedia...*, loc. cit., pág. 55.

⁹ *Ibid.*, pág. 53.

“antorchas contra el viento”, decía él), hay en ella rasgos de versificación lánguida y monótona, de ausencia de virtuosidad melódica, de insistencia en los lugares comunes de la estética recibida.

Porfirio era consciente de su propia flaqueza. Sabía mejor que nadie que su inquietud interior era mayor que su capacidad de construcción formal, y que ese desequilibrio de sus facultades daba origen a la desigualdad de su producción. Sospechaba que la posteridad le reduciría “a unas cuantas páginas de antología”¹⁰; y, en el otoño de su vida, hablaba de sus poemas como de “opaca y transida labor de antaño”, ya distante de su espíritu; los consideraba como obra de un poeta ya muerto, con quien no quería identificarse. Sin embargo, no renegaba de ellos¹¹: no podía olvidar que por boca de aquel poeta desaparecido habían hablado “el dolor, el terror y la esperanza...!”¹².

En cuanto a la crisis de su creación poética, Barba-Jacob es ejemplo de un espíritu egregio formado en ambientes pobres — como pobre es el ambiente literario hispanoamericano —, que no llega a dominar a cabalidad los medios de expresión, y sólo logra el triunfo del arte mayor en las horas de fuego de sus cantos. Porfirio no tuvo la formación literaria adecuada a su genio y carácter: fue un autodidacto improvisado. La vida transhumante que siempre llevó y la necesidad en que se vio de ganar el sustento trabajando en el periodismo más sensacionalista, le impidieron forjarse una auténtica cultura humanística. Me atrevo a pensar que si él hubiese vivido algunos años en España, como casi todos los buenos poetas americanos modernos — desde Martí hasta los actuales —, su poesía habría ganado en calidades externas. Al solo conjuro de España, se entreabría en su corazón “una rosa trágica y lírica”¹³, una rosa de saudade.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 70.

¹¹ *Claves*, *loc. cit.*, pág. 73. (Cuando Barba-Jacob escribe estas palabras, once años antes de su muerte, está ya agotado física y espiritualmente: ya no escribirá más que unos cuantos versos menores. Es el final).

¹² *La divina tragedia...*, *loc. cit.*, pág. 70.

¹³ *Ibid.*, pág. 66.

Todo ello explica, en parte, el olvido a que han sido condenados aquellos versos extraños.

Es un hecho cierto que la imagen espiritual de Porfirio se va alejando cada día; que se aleja aun para aquella generación que más ha amado sus poemas, para los colombianos que, en plena mocedad, despertaron a su conocimiento y a su admiración a raíz de la muerte del poeta. Presente aún por la ígnea belleza de sus versos más populares, como los de la *Canción de la vida profunda*, escrita en La Habana, en 1915:

Hay días en que somos tan móviles, tan móviles,
como las leves briznas al viento y al azar...

Y hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos,
que nos depara en vano su carne la mujer...

Mas hay también, ¡oh, Tierra!, un día... un día... un día...

¡Un día en que ya nadie nos puede retener!¹⁴;

en el conjunto total de su obra, no obstante, Barba-Jacob va perdiendo actualidad, va pasando a la historia, "como uno de tantos signos de la cronología literaria"¹⁵.

Cabría pensar, a primera vista, que él, que fuera brillantísimo en el diálogo, iluminó en sus días, con el hechizo de su

¹⁴ *Antorchas*, págs. 114-115 y JARAMILLO MEZA, *Vida*, págs. 197-198. Todos los textos poéticos de Barba-Jacob que aparecen en este estudio están tomados de *Antorchas contra el viento*, por considerar a ésta la mejor edición de su obra que hasta ahora se ha publicado, estando lejos de la perfección. (Verdad es que no ha llegado a mis manos la reedición de *Poemas intemporales*, México, 1957; y es indudable que las dos ediciones mexicanas de Porfirio, *Canciones y elegías* y *Poemas intemporales*, 1944, superan en belleza tipográfica a todas las demás. La Editorial Guadarrama de Madrid tiene el propósito de lanzar una edición definitiva). Volviendo a los textos aquí acogidos, acato las últimas versiones del poeta, no recogidas en *Antorchas*, y divulgadas por JARAMILLO MEZA, *Vida*, págs. 178-194, así como comentadas por el propio Jaramillo Meza, *La tierra de la infancia*, Bogotá, 1954, págs. 41-50 y 79-83. Pues Barba-Jacob se dirigió, en junio-julio de 1941, ya en plena agonía, a su amigo Jaramillo Meza, nombrándole "testamentario de su poesía en Colombia" y comunicándole su última voluntad sobre la versión definitiva de sus poemas. (Prueba de que Porfirio, aceptando el desigual valor de su obra, no renegaba, en efecto, de ella). Se trata de cuatro importantísimas cartas.

¹⁵ "Se me contemplará como uno de tantos signos de la cronología literaria" (P. BARBA-JACOB, *Claves*, loc. cit., pág. 78).

personalidad, la superficie mate de sus versos, y que, pues vida y obra suyas se corresponden, al faltar él del mundo nos falta también su prestigio de artista. Cabría pensar que, a la manera de Oscar Wilde, Porfirio puso su genio en la palabra hablada, y en la escrita tan sólo su talento. (En la palabra viva digo, que no en la vida, ya que fue la suya una vida irregular, desastrada y fuera de toda norma, y que la Vida le hizo expiar con saña: el pobre fue ignorado, humillado y atormentado como pocos hombres, como nadie lo ha sido). Cabría pensar, en fin, que, más que un verdadero gran poeta, Barba-Jacob fue un gran poeta frustrado: un poeta de unos cuantos versos¹⁶.

Pues bien: ¡No! Todo ello no tiene más que una apariencia de verdad.

Porfirio Barba-Jacob es un lírico inmenso. El olvido resulta injusto y procede de falta de comprensión literaria. Al estudiar detenidamente su obra poética, se le va descubriendo en toda su grandeza. Es verdad que muchos de sus versos carecen de originalidad expresiva; pero más verdad es aún que sus poemas capitales son obras de acabada perfección, que el número de estos poemas no es en ningún modo despreciable, que en muchas estrofas indiferentes brotan de repente, como relámpagos, intuiciones geniales, visiones espectrales de la vida y de la muerte, hallazgos inauditos. Y es la verdad más clara que el pensamiento poético de Barba-Jacob, el sistema de sus visiones mortales, es uno de los más densos y auténticos de la literatura castellana moderna de ambos mundos. Así resulta del análisis de su poesía¹⁷.

¹⁶ Tales o parecidas razones han aducido diversos escritores, algunos de ellos ilustres, que no han sabido comprender el carácter transcendental de este poeta. Prueba de la gran dificultad de inteligencia que su obra ofrece. (Y el autor de estas líneas, que nada de ilustre tiene, lamenta haber lanzado juicios semejantes en un homenaje a la memoria del poeta, que tuvo lugar en el Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, el 4 de junio de 1957, con la colaboración de don José María Souvirón, don Oscar Echeverri Mejía, y de este oscuro escritor, que habló sobre *El sentido de la muerte en la poesía de Porfirio Barba-Jacob*. Lamenta aquellos juicios, con que quiso templar su entusiasmo por la figura de su compatriota, y que fueron hijos de la incompreensión y del propósito de declarar la verdad, tal como entonces creía poseerla).

¹⁷ O, al menos, así me parece haberlo podido interpretar a lo largo de las páginas de esta memoria.

En Unamuno, en Darío, en la Mistral se encuentra, por instantes, una tensión agónica tan alta como en Barba-Jacob. Instantes. Que nadie iguala a Porfirio en su prolongada vivencia de la muerte, en su no interrumpido diálogo con ella. Para hallar hondura y emoción mayores habría que retroceder trescientos años: habría que volver a Quevedo.

Porfirio ocupa un sitio de excepción en la poesía moderna de América, en el que sólo podrían acompañarle los creadores absolutos, los otros cuatro grandes. Darío, el “minotauro envuelto en meteoros”; Gabriela, compañera y hermana del primero; Vallejo, genio balbuciente; Neruda, que es, con todo su amor, y a pesar de su odio, el más grande de todos. (Junto a ellos, rodeándoles, el coro de ‘dioses menores’, tales Silva, Valencia, Nervo, Chocano, Lugones, Herrera Reissig, González Martínez, Reyes, López Velarde, Huidobro, Greiff, Nicolás Guillén, Carrera Andrade y algunos otros).

En el conjunto de estos cinco, de estos veinte poetas sobresalen — colosos gigantes — las figuras del primero y el último de los cinco mayores, las de Darío y Neruda, émulos de los próceres castellanos de la edad de oro. Lejos de mí el propósito de emplazar la sombría lírica de Barba-Jacob en la cumbre más alta de la poesía hispanoamericana; pues no ignoro que antes que la muerte está la vida, como amor y esperanza; y en Darío y Neruda encuentro dos cantores totales, de amor, de muerte y de esperanza. ¡*Cantos de vida y esperanza, Residencia en la tierra, Canto general!* Pero sí afirmo que es Porfirio el más sistemáticamente hondo y trágico de los poetas de América, el más unitario, el más filósofo. (Sabido es que la filosofía es, de Platón y Cicerón a Schopenhauer y Santayana, una meditación sobre la muerte)¹⁸.

Señor de la Muerte, Prometeo sin dioses, Anticristo gene-

¹⁸ Santayana ha dicho que “una buena manera de probar el calibre de una filosofía es preguntar lo que piensa de la muerte” (cfr. JOSÉ FERRATER MORA, *Diccionario de filosofía*, tercera edición, Buenos Aires, 1951, pág. 637: artículo MUERTE). Alterando los términos, podría decirse que una buena manera de probar la hondura de una poesía es preguntar lo que siente sobre la muerte. Sin muerte no hay gran poesía. ¡Mas no sólo de muerte vive el poeta!

roso, satánico redentor, místico de la aniquilación definitiva, Porfirio Barba-Jacob cala más profundamente que ninguno de sus compatriotas americanos en el abismo de los sentimientos doloridos y desolados del ser y en la ondeante condición humana. Cultiva y corteja a la muerte toda la vida, desde el principio al fin: es el más constante de sus galanes. A ella y sólo a ella canta. Todos los elementos anteriores a la muerte que hay en su poesía, los elementos vitales, como naturaleza, infancia, belleza, y los elementos agónicos, como lujuria, dolor, apárecen sólo en función de muerte. Son, no más, anuncio de la dueña de la vida, de la gran dominadora y maestra.

No tiene igual. Quienes más se acercan a Porfirio son el último Darío agonizante y la primera Gabriela desolada. La Mistral es su compañera y hermana por la mortal sabiduría que les es común (y por su común significación histórica, como herederos del divino nicaragüense y predecesores del humano chileno, como voces clave de la generación literaria que florece hacia 1920). Mas no tiene igual. Sus versos dan testimonio del más intenso y duradero enfrentarse americano con la muerte.

Rubén Darío sólo llegó a cantar este motivo poético en el otoño de su obra, ya muriéndose. Gabriela Mistral cantó en la primavera de la vida la desolación de su amor segado por la muerte, pero alcanzó en la madurez más serenas visiones y consuelo. César Vallejo, genial en la creación de un lenguaje propio, me parece algo confuso ante los grandes temas, un tanto indeciso, como dominado por esa misma grandeza (en realidad le conozco poco: estoy seguro de equivocarme). Y Pablo Neruda, por último, sólo se detiene un momento ante la destrucción vital, los años de *Residencia en la tierra*, para lanzarse luego al canto de la vida, de la fe, de la esperanza, de la fuerza creadora de América. (Ultimamente, superando sus odios antiguos, Neruda anuncia su ascensión hacia las más altas esferas, las del universal amor religioso a todas las criaturas de Dios). Porfirio Barba-Jacob, en cambio, se inicia con la muerte y con ella muere. Ya en sus más antiguos poemas, escritos en la primera juventud, aborda valientemente, intempestivamente, el problema capital de la poesía lírica, o sea la representa-

ción profunda de la vida, como en estos dos versos inolvidables de 1906:

(¡Oh noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!)¹⁹.

La vida está representada como un camino nocturno, y en él el poeta no encuentra más que amor o muerte. Muerte y amor, motivos esenciales de vida y poesía, ya no abandonarán los cantos de Porfirio.

Por el peculiar y extraño rumbo de su propia existencia, sin embargo, Barba-Jacob se aparta voluntariamente del amor entendido en su más noble sentido, y expresa únicamente el amor de la carne, con ambigua pasión e inédito desenfreno, con la turbulencia del 'poeta maldito' que celebra sus "ocho pecados capitales"²⁰. No, él no será el cantor del 'buen amor'. Será el cantor de la muerte, del dolor, de la lujuria y de la muerte, del dolor y la lujuria como presagios de la muerte — dolor definitivo —, de la muerte como culminación del dolor humano. Será la suya una poesía nocturna, desolada y escrita frente a la muerte, en su propia presencia, anticipando su vivencia. Poesía que es grande por su visión agónica del hombre, por su trágico sentido de la vida. Poeta del Nuevo Mundo, Barba-Jacob se sitúa en la más poderosa de las tradiciones líricas castellanas. He aquí su intemporalidad: poeta de la muerte, hermano de Manrique, Quevedo y Unamuno; pero — a diferencia de los españoles — muerte sin fin, muerte sin más allá, muerte definitiva.

Es el lírico de esta sola cuerda: exclusivo y unilateral. De incomparable fuerza comunicativa, su pavorosa comprobación — la vivencia inasible de la muerte — resulta en él tan escalofriante, a ráfagas, como en los grandes clásicos antiguos.

Importa rescatar esas ráfagas. Importa aislar sus hallazgos.

¹⁹ *Antorchas*, pág. 88: ¡Oh noche! (poema que en otra versión se titulaba *Lamentación baldía*).

²⁰ "Donde gustar tus ocho pecados capitales": verso del poema *La hora cobarde*, no recogido en los libros de Barba-Jacob, y de seguro rechazado por él; pero publicado por RAFAEL HELIODORO VALLE, *Poemas desconocidos...*, loc. cit., pág. 165.

Descubrir lo imperecedero de su mensaje — un mensaje humano y ultraterreno, pues del polvo de su desolación se eleva, inesperadamente, un aroma místico de amor —, y dar al resto de su obra la paz, la compasión que el poeta casi nunca logró alcanzar en vida. Ante todo, hay que espigar en sus versos la presencia de la muerte, su iracunda y eterna compañera.

Antes de ello, por un instante, vale la pena recordarle como le han recordado sus mejores amigos.

El escritor centroamericano Rafael Heliodoro Valle, poeta y periodista, su camarada de toda la vida, pregunta por su origen:

¿De qué subsuelo humano tan hondo, en que se entrelazaban el ángel y el esperpento, surgió aquel rostro en que se reflejaban los rostros innumerables del abismo y la muerte? Tenía cansancio milenarío... En sus ojos ardía el cielo tropical de América, y en su palabra ondulaba la voz de los ríos paternos...²¹

Y el propio Valle le ve aún

vestido de negro, los ojos que no eran de este mundo, la sensualidad vehemente que no conocía tregua... eran sus mejores camaradas la incomodidad, la incertidumbre, la misteriosa bruma. Unos cuantos libros, un cuaderno de apuntes: una figura flaca, morena, desgarrada; la memoria espejeante, la carcajada estentórea y el "vaso lleno del vino del Anáhuac"²².

Enrique González Martínez, el poeta de México, amigo y maestro de Porfirio, le conoció

también en sus horas malditas, cuando buscaba consuelo a sus innombrables crisis en los nepentes artificiales, cuando el acicate de la droga le daba elocuencia a su palabra, fácil de suyo, pero de ordinario reprimida, y que entonces adquiría tonos iluminados y proféticos²³.

²¹ RAFAEL HELIODORO VALLE, *El mundo hechicero de Barba-Jacob*, en *Revista de América* (Bogotá), núm. 16 (abril de 1946), pág. 34.

²² *Ibid.*, pág. 35.

²³ E. GONZÁLEZ MARTÍNEZ, *Porfirio Barba-Jacob, huracán y canto*, en *Homemaje a Barba-Jacob*, en *América* (México), núm. 47 (abril de 1946), pág. 60.

Ya en los días de su apogeo literario, la revista *Antorcha*, del pensador mexicano José Vasconcelos, amigo y protector del poeta, le había llamado:

desconcertante y altísimo cerebro, único en su fuerza, expresión y misterio, que lleva una gran parte de la representación del pensamiento hispanoamericano²⁴.

Y antes, hacia 1914, cuando el poeta apenas pasaba de los treinta años y se hacía llamar Ricardo Arenales, el escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, en su interpretación espiritual de *El hombre que parecía un caballo*, había sido testigo del poder mágico de la palabra de Porfirio, el "Señor de Aretal", el "Señor de los Topacios". Arévalo relata que al asomarse al pozo de aquella alma misteriosa, vio reflejarse tres imágenes: los clásicos, el ausente amigo Leopoldo de la Rosa y Dios. "Por encima de todo se reflejaba Dios. Dios de quien nunca estuve menos lejos", afirma el fino guatemalteco, y concluye:

Yo comprendí, asomándome al pozo del señor de Aretal, que éste era un mensajero divino. Traía un mensaje a la humanidad: el mensaje humano, que es el más valioso de todos. Pero era un mensajero inconsciente. Prodigaba el bien y no lo tenía consigo²⁵.

Al penetrar en el conocimiento de la poesía de Porfirio Barba-Jacob, conviene recordar, por lo tanto, la dimensión humana del gran atormentado, extraordinaria para bien y para mal; recordar el fulgor de su palabra y de su espíritu, que causaron el asombro de sus contemporáneos.

²⁴ Cfr. RAFAEL HELIODORO VALLE, *El mundo hechicero...*, loc. cit., pág. 39.

²⁵ *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*, Guatemala, 1951, pág. 12. (La célebre novela corta de Arévalo Martínez, que aparece fechada en Guatemala, octubre de 1914, fue publicada por primera vez en Quetzaltenango, Guatemala, 1915). Es documento de valor inestimable para todo acercamiento al hombre Barba-Jacob.

II

TRAYECTORIA DE SU VIDA ¹

El nombre original del poeta es Miguel Angel Osorio Benítez. En el transcurso de los años adoptará sucesivamente los pseudónimos de Maín Ximénez, Ricardo Arenales y Porfirio Barba-Jacob — nombre definitivo —.

Nace el 29 de julio de 1883, en Santa Rosa de Osos, ciudad provinciana de Antioquia, en Colombia, en plena magnitud de los Andes suramericanos. De origen campesino, es hijo de un abogado pobre; por la rama materna tiene, sin embargo, antepasados distinguidos. Su educación, muy incompleta. Soldado en la guerra civil de los Mil Días, hacia 1901-1902, y maestro de escuela ². Por esos días vive su única experiencia amorosa auténtica: su frustrado noviazgo con Teresa Jaramillo Medina, la Teresita de algunos de sus versos. Y un día, a fines de 1905, o poco después, se aleja para siempre de su tierra natal, parte hacia el mar, en busca de nuevos horizontes. En Barranquilla, el puerto colombiano sobre el Caribe, inicia su vida literaria; ya con el nombre de Ricardo Arenales, publica en opúsculo su poema *Campaña florida*, 1907; y este mismo año abandona Colombia, siguiendo, por la vía de Costa Rica, Jamaica y Cuba, hacia México. De la ciudad de México se dirige

¹ En este brevísimo esquema de la vida de Barba-Jacob, sigo muy de cerca la Noticia biográfica de RAFAEL HELIODORO VALLE, *El mundo hechicero...*, loc. cit., págs. 38-39, que es, en su brevedad, el más puntual registro de la trayectoria humana del poeta, y que es, por otra parte, muy desconocida. Utilizo también el ensayo biográfico de JARAMILLO MEZA, *Vida*, que contiene valiosas informaciones sobre algunas épocas de su existencia (1883, 1915, 1927, 1942); es producto de laboriosidad y amor a la memoria del poeta. Por último, me valgo de otras fuentes, como la cronología de sus poemas, y como otros materiales, reseñados luego en la bibliografía.

² De aquellos años, ca. 1902-1905, datan sus primeros escritos en prosa y verso: un informe de campaña, una revista literaria: *Cancionero de Antioquia* (1904), una novela: *Virginia*, una comedia en verso: *La muerte de Córdoba*, algunos poemas galantes, etc. De todo ello, no conozco más que el informe de campañas: *Informe sobre los acontecimientos de Santa Rita* (1902), en JARAMILLO MEZA, *Vida*, págs. 21-28, y fragmentos de los poemas, de valor más anecdótico que literario.

a Monterrey (1908), capital de la provincia que gobierna el general Bernardo Reyes, padre de Alfonso Reyes, amigo de Rubén Darío y Manuel J. Othón — y protector de Arenales —. Allí vive cinco años, entre 1908 y 1913. Trabaja en su obra poética e ingresa al periodismo: es el gran animador de la *Revista Contemporánea*, colabora en otros diarios y llega a ser propietario de uno de ellos.

De Monterrey se traslada a San Antonio de Texas, en los Estados Unidos. Escribe entonces a un amigo mexicano:

Yo no sé qué encanto especial tiene para mí todo lo de México. A veces he llegado a creer que en la soledad de mi corazón sin familia y de mi inteligencia sin incertidumbres, el amor a México es mi única fuerza. Ahora me voy para Nueva York, con el designio de fundar allá una revista... [...] para hacer que resplandezca la gloria de México. Al mismo tiempo voy a iniciar mi labor en pro de Colombia. Los dos amores se me funden en uno: Colombia es mi niñez y mi adolescencia, como entre una bruma azul dorada con el oro del día naciente; México es mi juventud y mi dolor; mis alaridos cabalgan en las brisas mexicanas.

De nuevo en la ciudad de México, en 1914, funda el diario *Churubusco*, para defender patrióticos intereses. En seguida, va a Guatemala, y luego, otra vez, a Cuba. Allí, en la bella isla, y en la plenitud de los treinta y dos años, escribe muchos de sus mejores poemas, como la *Canción de la vida profunda*, *Elegía de septiembre*, *Un hombre* (1915), contando con la protección de un compatriota generoso: el escritor Jaramillo Meza, que será más tarde su 'testamentario' poético y su biógrafo.

Vuelve luego a Centroamérica, y durante algunos años viaja, escribe y funda periódicos por tierras de Honduras, El Salvador, Guatemala (ca. 1915-1918). Regresa a México por la ruta de Bélice; funda *El Territorial* en el sur del país; de retorno en Monterrey, funda allí *El Porvenir* (1919). Poco después es reportero y editorialista en dos diarios de la ciudad de México (1921). Director de la biblioteca pública en Guadalajara, en septiembre de 1921. Expulsado del país, vuelve otra vez a Guatemala, donde funda *El Imparcial* (1922), que será por muchos años el primer periódico de esa capital; después de visitar una vez más a Honduras (1925) y otros países centro-

americanos, se dirige al Perú. En Lima es redactor durante algunas semanas de *La Prensa* (1926).

Regresa a Colombia en 1927, después de veinte años de ausencia de la patria. Vuelve a su Antioquia natal, da recitales de sus versos por varias ciudades del país, trabaja por poco tiempo en algunos periódicos de Bogotá. Y parte... para no volver a la tierra de sus mayores, en la que es un inadaptado. 1930: retorna a Cuba. Estando allí decide regresar — definitivamente — a México (1930), ya muy difundido el nombre de Porfirio Barba-Jacob.

Es entonces un hombre agotado y enfermo. “Era Porfirio sólo un despojo ambulante, un cuerpo enflaquecido, un alma sin posible redención”: así le encuentra en 1931 su amigo el poeta González Martínez³. Se dirige a Monterrey, pero fracasa al querer fundar la revista *Atalaya* (1931). Es luego profesor de Escuela Normal, en la capital de la provincia de Guerrero. Otra vez en la capital mexicana, ingresa a la plana mayor del diario *Hoy* (1934). Y es, por último, uno de los fundadores del diario *Ultimas Noticias de Excelsior*, en México, D. F., cuyos editoriales llaman extraordinariamente la atención.

Consumido por la tuberculosis, y tras de muy prolongados padecimientos, muere en la ciudad de México, el 14 de enero de 1942.

SU OBRA POETICA

La obra poética de Barba-Jacob no es caudalosa: se compone de unos setenta y cinco poemas, escritos entre 1906 y 1939. Su época de mayor florecimiento puede situarse hacia 1915, y su época de mayor prestigio literario, hacia 1920; a partir de 1925 ya no escribirá ningún poema de importancia. Conviene tener presente, por tanto, que Barba-Jacob es un poeta alejado de la actualidad por una distancia de casi cuarenta años.

En el conjunto de su obra sobresalen los “poemas intemporales”, las doce o quince o más “antorchas contra el viento” que el poeta consideraba obras maestras, y que lo son, como: *La estrella de la tarde*, *Canción de la vida profunda*, *Elegía de*

³ E. GONZÁLEZ MARTÍNEZ, *op. cit.*, pág. 62.

septiembre, Un hombre, Los desposados de la muerte, El son del viento, Canción de la soledad, Balada de la loca alegría, La reina, Futuro, entre otras. Por ellas, triunfando del tiempo y de la muerte, logra perennidad el espíritu de Porfirio. (Y, luego, la lectura atenta de más de cuatro estrofas de apariencia lánguida revelará la presencia de extraordinarias intuiciones líricas: claroscuro que brota de un espíritu genialmente desigual). Muchos versos extraordinarios, perdidos entre estrofas indiferentes. Y todavía, dentro de las diez canciones nombradas, cabría hacer una selección más exigente, en bien de su memoria lírica: quizás cuatro, cinco de ellas pueden, efectivamente, triunfar del tiempo y del olvido, como antorchas contra el viento. En ellas sí que ha de lograr perennidad el espíritu de Porfirio.

Por el orden cronológico de su composición, la poesía de Barba-Jacob puede disponerse de la siguiente manera⁴:

1906: *Parábola del retorno, Arbol viejo, ¡Oh noche!* (Barranquilla).

1907: *Espíritu errante* (La Habana).

1908: *Canción ligera, El corazón rebosante; Acuarimántima* (México, 1908-1921-1933).

1909: *La estrella de la tarde* (Monterrey).

1910: *La carne ardiente*.

1911: *Retrato de un jovencito*.

1914: *El verbo innumerable*.

1915: *Canción de la vida profunda, Triste amor, Elegía de septiembre, El cincuentón, El triunfo de la vida, Soberbia, Canción del tiempo y el espacio, Sapiencia, Lamentación de octubre, Un hombre, Canción innominada, La hora suprema, El despertar, Parábola de los viajeros, La vieja canción* (La Habana).

1918: *El pensamiento perdido, La Dama de los cabellos ardientes* (México).

1919: *Los desposados de la muerte* (Ciudad Juárez).

⁴ Disposición basada en ARANGO, *Antorchas, passim*, y en JARAMILLO MEZA, *Vida*, págs. 178-194, y *La tierra de la infancia, loc. cit.* Aunque aún faltan datos fundamentales, esta disposición ofrece interés biográfico y literario, pues nos revela la evolución interior del poeta.

1920: *El son del viento* (México).

1921: *Acuarimántima, Canción de la noche diamantina, Balada de la loca alegría* (México); *Canción de la soledad, Canción de un azul imposible, Elegía de Sayula* (Guadalajara); *Corazón, En la muerte del poeta* (San Antonio, Texas, Estados Unidos).

1922: *La reina, Los niños* (Honduras).

1923: *Futuro* (Guatemala).

1925: *Canción de la hora feliz*.

1927: *Nuevas estancias* (Manizales, Colombia).

1932: *Elegía platónica*.

1933: *Acuarimántima; Sueños de Acapulco* (Guerrero, 1933; México, 1939).

1934: *Asfaltites, La casona* (México).

1939: *Sueños de Acapulco*.

Se cuenta también con un conjunto de poemas no fechados: *El collar desatado, Domador triunfador, Acto de agradecimiento, Pecado original, Estancias, La infanta de las maravillas, Cintia deleitosa, Canción del día fugitivo, Elegía del marino ilusorio, Nueva canción de la vida profunda, La gracia incógnita, Canción en la alegría, Paternidad, Imágenes, Canto a Barranquilla, La ciudad de la estrella, El peregrino, Nocturno, Virtud interior, Carbunclos, Soy como Ascanio, Canción delirante, Segunda canción delirante, Canción sin motivo, Ante el mar, Introducción a la vida real, Nocturno de Jalapa*.

En los libros de Barba-Jacob figuran, también, algunas composiciones, que fueron suprimidas a última hora por el autor⁵: *Síntesis, La hermana, El rastro en la arena, Cancioncilla, Amigo espiritual, El espejo, Canción sin motivo, ¡Oh viento desmelenado! (?), Teresita*.

Por último, existe una serie de poesías de la primera época, que no fueron recogidas en volumen, que no fueron reconocidas como obras de arte por Barba-Jacob en su madurez, y que, sin embargo, presentan interés como objetos de 'arqueología literaria'⁶: *La tristeza del camino, Flor de romero, Mi vecina*

⁵ JARAMILLO MEZA, *Vida, loc. cit.*, y *La tierra...*, *loc. cit.*

⁶ RAFAEL HELIODORO VALLE, *Poemas desconocidos...*, *loc. cit.*, pág. 163. De tales poesías, como queda dicho arriba, nota 2, conocemos, más que todo, fragmen-

Carmen, Campaña florida (1907), *La hora cobarde, El poema de las dádivas*.

Tal es el material, indudablemente escaso, que se ofrece al investigador de la obra poética porfiriana.

SU OBRA EN PROSA

Barba-Jacob no dio nunca importancia a su labor periodística, ni pretendió reunir en libros los artículos que escribía "para ganar el pan y nada más"⁷.

A su amigo Jaramillo Meza le dice en 1937:

Por lo que hace a mis trabajos en prosa, nunca he compuesto en mi vida ni una sola página que me parezca digna de ser conservada. Los trabajos de periódicos son cosa despreciable; llenan una necesidad momentánea y al día siguiente no tienen significado⁸.

Sin embargo, Porfirio ganó en su tiempo gran prestigio como periodista de combate, en polémicas al servicio de los gobiernos de turno. Aún se recuerdan en México y en Centroamérica sus editoriales, sus reportajes, sus panfletos, sus relatos folletinescos. Cultivó también la crítica literaria, y dejó más de una semblanza interesante de personajes contemporáneos. Pero todo ello lastrado por la improvisación y el apresuramiento. Su producción en prosa es muy numerosa, pues él era, por temporadas, un activísimo trabajador; pero sus trabajos no tienen, en realidad, la elevación literaria que supieron dar a sus escritos periodísticos un Martí o un Darío, maestros del género en América. Los mismos prólogos de sus libros no nos lo presentan como un gran artista de la prosa. Tienen claridad, fuerza expresiva, pero adolecen de facilidad en el discurso, de falta de elaboración estética. Condición muy propia del premioso cultivador del *suspense* sensacionalista que siempre fue, y que tanto renombre diera a sus columnas.

tos. (*La hora cobarde, El poema de las dádivas* y alguna otra, como la jitanjáfora que trae M. DAIREAUX, *Panorama de la littérature hispano-américaine*, París, 1930, pág. 151, son posteriores a 1905).

⁷ Carta a JARAMILLO MEZA (1937), *Vida*, pág. 163.

⁸ *Ibid.*

Sería muy difícil recopilar una producción tan dispersa, “seguirle a lo largo del papel impreso, desde San Antonio, Texas y Monterrey, hasta Guatemala y Lima”⁹. Se afirma que dejó inconclusos algunos libros de ensayos, como *Filosofía del lujo y Niñez*, a los que él solía referirse en sus cartas y conversaciones¹⁰. Su correspondencia epistolar con escritores hispanoamericanos se encuentra reunida, al parecer, en un volumen inédito, junto con otro de artículos diversos¹¹.

Entre los trabajos en prosa que han llegado, por voluntad ajena o después de su muerte, al dominio público figuran: un relato de campaña (1902), de su época de soldado de la guerra civil¹²; diversos artículos, entre ellos uno sobre Alfonso Reyes, y otro, *Predestinación*, escrito casi al morir¹³; numerosas cartas, dirigidas a amigos de Colombia y de México¹⁴; y, por último, algunos prólogos o fragmentos de prólogos para libros

⁹ RAFAEL HELIODORO VALLE, *Poemas desconocidos...*, *loc. cit.*, págs. 161-162. El propio Valle tiene en su poder un volumen inédito de Prosas de Barba-Jacob, hecho a base de artículos de prensa.

¹⁰ JARAMILLO MEZA, *Vida*, pág. 141.

¹¹ *Ibid.*, págs. 141-142.

¹² *Informe sobre los acontecimientos de Santa Rita*, *loc. cit.*

¹³ RICARDO ARENALES, *Un encomio anónimo*, en *Páginas sobre Alfonso Reyes, II, Predestinación*, en *Letras y Encajes* (Medellín, Colombia), julio 1943, págs. 6466-6468. Algunas otras publicaciones colombianas han reproducido, después de su muerte, artículos y cartas del poeta.

¹⁴ Las cartas a JARAMILLO MEZA, *Vida*, *loc. cit.*; RAFAEL HELIODORO VALLE, *Cartas inéditas de Barba-Jacob*, en *El Tiempo*, Bogotá, 18 de febrero de 1951, *Suplemento Literario*, pág. 1 (al pintor Toño Salazar, centroamericano residente entonces en México, 1920-1921). Después de la redacción de esta memoria, he hallado: RAFAEL HELIODORO VALLE, *Inéditos de Barba-Jacob*, en *Vida Universitaria* (Monterrey, México), VII, núm. 335 (21 de agosto de 1957), págs. 7 y 12, que contiene dos cartas del poeta a su hijo adoptivo Rafael, a la sazón en Cuba, fechadas en Monterrey, el 23 y el 25 de diciembre de 1930. A este propósito: conservo en mi poder la copia fotográfica de una carta que, de Monterrey, y por aquella época, el 6 de abril de 1931, dirigió Barba-Jacob al poeta mexicano José Juan Tablada, a Nueva York. En ella le anunciaba la publicación de la revista *Atalaya* — empeño frustrado luego — y sus propósitos: “Quiero mirar hacia los Estados Unidos y hacia la América latina y reflejar siquiera en parte mínima el movimiento de las ideas y de los acontecimientos”. Solicitaba la colaboración de Tablada, pues “nadie mejor que usted podría darme crónicas con respecto a la cultura — y a la incultura — de ese gran país”. Debo el conocimiento de esta carta a la amabilidad del escritor J. M. González de Mendoza, que en México, D. F., en mayo de 1950, la puso a mi disposición, junto con otros valiosos datos de la vida y de la obra del poeta colombiano.

de poesía que no por obra de él, sino de sus amigos, llegaron a publicación¹⁵. Todos estos trabajos tienen indudable utilidad biográfica y psicológica; pero muy poco aportan al conocimiento de su espíritu y de su pensamiento — aparte ciertas observaciones profundas de los prólogos —, y nada añaden a su gloria literaria¹⁶. Cabe lamentar la ausencia de sus mejores páginas, que enriquecerían — es innegable — nuestra imagen de él y, acaso, de sus ideas literarias; con todo, ahí queda su poesía, clave de su intemporalidad y única expresión directa de la parte de divinidad que alentaba en su alma.

BIOGRAFOS Y COMENTARISTAS

Sobre la vida de Barba-Jacob existen varios libros interesantes, como la célebre novela *El hombre que parecía un caballo* (1915), del escritor guatemalteco Rafael Arévalo Martínez¹⁷; como su *Vida* (1944) escrita por su fiel amigo Jaramillo Meza¹⁸; como sus *Conversaciones* (1946), evocadas por otro compatriota¹⁹; como las valiosas indagaciones del escritor hondureño Rafael Heliodoro Valle, acaso su mejor conocedor²⁰; y, en fin, como algunas recientes publicaciones hechas en Colombia, vertidas hacia el estudio de su carácter²¹.

¹⁵ Son *La diadema, La divina tragedia, el poeta habla de sí mismo* (1920) y *Claves* (1931), reunidos en *Antorchas*, págs. 41-42, 43-71, 73-79.

¹⁶ Sabemos de otras publicaciones suyas en prosa, como *El combate de la ciudadela, narrado por un extranjero* (México, 1913), *El terremoto de San Salvador, narración de un sobreviviente* (San Salvador, 1917), *El verdadero Bulnes* (San Antonio, Texas, 1921) y otras como *Tierra de Canaán*, libro sobre Guatemala, que se imprimió y no se dio a la publicidad (ca. 1918).

¹⁷ ARÉVALO MARTÍNEZ ha escrito *El hombre que parecía un caballo* (Quetzaltenango, 1915), *Las noches en el Palacio de la Nunciatura* (Guatemala, 1927), y otros trabajos muy importantes sobre la vida y la obra de Porfirio, su gran amigo.

¹⁸ La primera edición de la *Vida* se llama *Porfirio Barba-Jacob, el errante caballero del infortunio*, Manizales, 1944.

¹⁹ MANUEL JOSÉ JARAMILLO, *Conversaciones de Barba-Jacob*, Bogotá, 1946.

²⁰ VALLE ha publicado tres o cuatro trabajos muy útiles, como los citados: *El mundo hechicero...*, *Poemas desconocidos...* y *Cartas inéditas...*, etc.

²¹ Como: VÍCTOR AMAYA GONZÁLEZ, *Barba-Jacob, hombre de sed y de ternura*, Bogotá, 1957, y una serie de artículos de otros autores; entre ellos, MANUEL MEJÍA VALLEJO.

Sin embargo, la verdadera biografía interior del poeta, que estudie a Barba-Jacob 'desde dentro', que ilumine su vida en función de su obra, y a la inversa, no se ha escrito todavía. Ni el presente estudio, que se ocupa fundamentalmente de su pensamiento poético, podría intentar tarea semejante. Quede para otro tiempo.

La bibliografía sobre su obra poética es, por otra parte, no menos numerosa en cantidad. La lista de estudios, prólogos, artículos, discursos y comentarios sería muy extensa. Pero ninguno de ellos aborda el tema de una manera sistemática. El propio Jaramillo Meza advierte que "el análisis definitivo de su poesía no se ha ensayado todavía con acierto"²². A pesar del torrente de literatura que, durante algunos años, suscitó en Colombia la muerte del poeta, casi nada importante ha quedado de tal entusiasmo. Sin duda lo más bello es el estudio de Daniel Arango, en su edición de *Antorchas contra el viento*²³. Casi todo cuanto se ha escrito sobre esta poesía lleva el sello de la simpatía puramente emotiva y carece de carácter 'científico'. Algunos atisbos de largo alcance, ocultos en un mar de vaguedades anecdóticas²⁴.

Ahora se intenta, pues, por primera vez, el estudio metódico de la poesía de Barba-Jacob, al analizar su lírica visión del mundo, partiendo del pensamiento generador de su obra, del móvil trascendental a que ha obedecido su inspiración: la muerte²⁵. No obstante, el autor se reconoce deudor, en gran medida, de los comentaristas que le han precedido, y ha procurado

²² *Vida*, pág. 142.

²³ Prólogo, *Antorchas*, págs. 11-38.

²⁴ Hay, sin embargo, un penetrante ensayo de la más reciente aparición: HERNANDO VALENCIA GOELKEL, *Destino de Barba-Jacob*, en *Mito* (Bogotá), II, 8 (1956), págs. 98-106.

²⁵ El sabio ANTONIO GÓMEZ RESTREPO, en un estudio sobre el humanista colombiano Miguel Antonio Caro, explica cómo "la crítica de Caro puede llamarse filosófica, porque [...] pone de manifiesto el pensamiento generador de una obra, el móvil trascendental a que ha obedecido la inspiración del artista" (*Caro crítico*, prólogo a MIGUEL ANTONIO CARO, *Páginas de crítica*, Madrid, Editorial América, [s. f.], pág. 11). Tal he procurado hacer yo, en la medida en que me lo permiten mis escasos conocimientos.

hacer constar, en los casos en que la haya, la dependencia de sus juicios; como también, en otros casos, el distanciamiento de ellos. No cree haber aportado a la comprensión de Barba-Jacob más novedad que el sistema y la meta de conocimiento: sus visiones del mundo. Está lejos de haber agotado la materia. Más que un estudio cabal, es éste una introducción a él, que ya habrá ocasión de llevar a más amplia realización. No se hace aquí análisis estilístico del lenguaje poético, por no caber en el propósito de esta memoria. Más que una estilística de palabras poéticas, el autor trata de esbozar una estilística de ideas poéticas. (Aun reconociendo que para la comprensión total de esa poesía harían falta tanto la una como la otra: que el sentido de las ideas aclarase el sentido de las palabras, y éstas a su vez diesen nuevo sentido a las ideas²⁶. Los filólogos prolonguen la tarea). Y el ejemplo de los maestros españoles y alemanes a cuya autoridad apela, ampare la osadía del autor.

III

TEMAS DE SU POESIA

Barba-Jacob es un poeta-filósofo. Desde luego, más poeta que filósofo. Poeta ante todo. Filósofo sólo lo es en función de su esencial condición lírica. Es, indudablemente, el poeta hispanoamericano de mayor ambición metafísica, el que más conscientemente y con mayor insistencia afronta las causas eternas de la poesía y el pensamiento humanos. Y el que mayor unidad presenta en su producción poética: es la suya una obra de una sola pieza, sin 'épocas' ni alteraciones; desde el principio hasta el fin, igual acento, igual preocupación originaria y trascendente. A lo largo de los cuatro lustros que la comprenden, esta obra acusa una evolución de ritmo interno invariable. Desde

²⁶ Véase la fundamentación de esta idea en JOHANNES PFEIFFER, *La poesía: Hacia la comprensión de lo poético* (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, núm. 41), México-Buenos Aires, 1951, y CARLOS BOUSOÑO, *La poesía de Vicente Aleixandre*, 2ª ed., Madrid, 1956.

1906¹, año que ve surgir los poemas *¡Oh noche!* y *Arbol viejo*, preñados de interrogaciones y definiciones definitivas, hasta 1925, año que contempla el último gran destello de su emoción y hondura, en la *Canción de la hora feliz*. De un extremo al otro, una sola línea, un cordel tirante. Y arriba, el azul; abajo, el abismo. Vida y muerte enfrentadas; amor y muerte, eternidad y muerte; infancia y muerte; alegría y muerte; naturaleza y muerte; espíritu y material mortal; dolor, terror, esperanza, ante la muerte. ¡Muerte, muerte, muerte!

He ahí los temas del poeta, que son los temas de todos los grandes poetas que en el mundo han sido. Sólo que en éste, como en algunos capitales poetas castellanos, todos los elementos de la vida y de la poesía desembocan en uno: el aniquilamiento. "Allí van los ríos caudales...". Poeta de la vida, sí, pero de la vida en presencia de la muerte, de la vida agonizando ante la muerte. Poeta desolado.

Tratemos de introducir un sistema en este conjunto de visiones del mundo, en esta agónica unidad dislocada. Vamos a exponer, con arreglo a un método racional, los motivos interiores de esa poesía. A nuestro entender, ellos responden a dos categorías: motivos de vida y motivos de muerte. Entre los primeros están la vida misma, el mundo, la naturaleza, la infancia, el amor, la mujer, la lujuria, la alegría, el pecado, la poesía, el dolor, la fugacidad de las cosas. Entre los motivos de muerte, sólo la muerte reina, la eternidad desesperada de la muerte. Ya desde los motivos vitales la muerte se anuncia y amenaza: está en todos los signos de la vida, y, sobre todo, en el amor, en la lujuria, en el pecado, en el dolor. La vida es sólo el primer grado de la muerte, y todas las cosas llevan a ella, como los ríos al mar.

Nos encontramos, pues, ante dos conjuntos de visiones, y, en consecuencia, dividamos este estudio, para el buen logro de la interpretación, en dos bloques correspondientes: la visión de la vida y la visión de la muerte.

¹ La primera poesía de Barba-Jacob, anterior a 1906, representa sólo su 'protohistoria' lírica, por su carácter ingenuo y balbuciente. (Es la hora temprana de los "arroyuelos murmuradores"). De tal carácter participa aún la bella *Parábola del retorno* (1906), que abre el desfile de sus versos publicados en volumen.

Mas, antes de penetrar en su análisis, séanos permitido recordar dos hechos de la vida intelectual del autor, dos intentos frustrados que, de realizarse, hubieran transformado el rumbo de su obra y de su pensamiento. Estos intentos fueron: un cambio radical en los temas y en la tónica general de su poesía, y una *Filosofía del lujo*, ensayo de razonamiento sistemático, extraño producto de la fantasía de un artista con ambición de filósofo. Ni uno ni otro pasaron de proyectos.

Barba-Jacob quiso dar un vuelco total a la índole de su poesía, porque comprendió que, de tanto invocar a la muerte, todos los caminos de la vida se le cerraban, y que su poesía y su vida misma marchaban de consuno hacia la destrucción. Se dirigía hacia el abismo, con pasos fatales; por un instante quiso apartarse, pero ya era tarde.

Ya en 1920, en pleno apogeo de su inspiración, anunciaba su propósito de salvarse por el canto a la vida:

Voy a cantar la raza, la patria, los héroes de la Rusia idealista que triunfan y gimen con Trotzki y Lenín [...] Voy a cantar las menudas cosas familiares, para que empiecen a tener sentido las florecillas [...] de nuestros campos [...] Voy a levantar el vuelo hacia la sinfonía poética — en cuanto es posible hacer sinfonías con palabras — para escribir nuestra epopeya espiritual; pero así, a relámpagos, como mi condición [...]. Y, sobre todo, voy a cantarme a mí mismo².

Quiso ser el cantor épico de América, y no logró siquiera empezar. Su numen de poeta civil, manifiesto en cantos a ciudades amadas — Medellín, Barranquilla, Quetzaltenango, México —, es lo más deleznable de su obra poética. Y, sin embargo, supo entrever con intuición profética, el espíritu de la poesía americana por venir:

... un alma de hombre sano cantando a la vida en la alegría mística de la Naturaleza, a grito abierto... Un hombre-hombre... Un ebrio de la gloria de Simón Bolívar... Un augur de la ventura de nuestra América hispana, toda temblor de materna promesa... Un bardo que acoja hoy la tristeza desesperada de los humildes, que están locos de

² *La divina tragedia...*, loc. cit., pág. 69.

rabia y amenazan el eje diamantino de esta sociedad inicua... Un bardo que comprenda la justicia de la ira social, el oprobio de los millones frente a la ironía de los suelditos... Un hombre que advierta en el giro de las horas el giro de la Edad, porque fluctuamos en el crepúsculo de una Edad del mundo... Un alma así, un hombre así, un bardo de los que resumen todo el clamor de su tiempo, no lo pide nuestra generación literaria, aunque seguramente sí la que no es literaria, y nos lo demandará la posteridad³.

Fue sólo el teorizante de esta poesía nacional americana, que habían sugerido en sus versos Andrés Bello, Rubén Darío, Santos Chocano; fue, en cierto modo, el profeta de Pablo Neruda. La posteridad inmediata exigió la aparición del mesiánico bardo. Porfirio sabía lo que se decía. Pero él mismo no supo ser ese bardo esperado, ni otro distinto del que había sido siempre.

Al final de sus días, insistía en una nueva transfiguración. Hacia 1931, ya una vida en derrota, creía hablar "desde un alba de otoño que anuncia reverberación", incorporándose con "nueva sensibilidad, nuevas ideas y ánimo nuevo ante la vida"⁴.

Quería tener aún fe en el "hombre actual y el hombre futuro que había en él":

Mi verdadera plenitud empieza ahora, más allá de las tres dimensiones. Y, a lo que parece, luz primaria y silencio polifónico inundan de nuevo el éter y señalan, delante de mí, rutas innumerables⁵.

El profetismo de Barba-Jacob erró esta vez. Su poesía no se renovó, como él esperaba, pues que estaba muerta, corroída en su base por su propia desesperanza⁶. Era ya un eco del pasado, un eco aterrador por su 'sinistrismo' y perenne por su autenticidad. Autenticidad suicida y, sin embargo, redentora.

En cuanto a la *Filosofía del lujo*, ensayo en que Porfirio cifraba grandes esperanzas y que llegó a considerar en un tiem-

³ *Ibid.*, pág. 59.

⁴ *Claves, loc. cit.*, págs. 73, 74.

⁵ *Ibid.*, pág. 79.

⁶ "Confieso que más de una vez me ha parecido letal la amargura de estas canciones..." (P. BARBA-JACOB, *La diadema, loc. cit.*, pág. 41).

po como su “obra fundamental”⁷, se afirma que el autor escribió más de veinte capítulos; pero lo cierto es que a la hora de hacer su testamento literario, se cuidó de mencionar tales páginas y otras cualesquiera en prosa, quedándose a solas con su poesía⁸. Sin embargo, esa *Filosofía* era obra ambiciosa, a cuya elaboración le habían alentado, entre otras, las palabras de su amigo Arévalo Martínez, el novelista de Guatemala, que solía decirle: “Usted, amigo, tiene la enfermedad del absoluto...”⁹. Y él mismo se sabía “un hombre metafísico”, que “sentía urgencia de absolver grandes cuestiones para echar después los fundamentos de su propia ética”¹⁰. Pero como no era un pensador que poseyera una formación científica, sino un intuitivo y un emotivo — nada menos que todo un poeta —, naufragó en la ideación general, que no resulta muy clara, y, de seguro, en el método de exposición; de seguro, hasta donde es posible afirmarlo, dadas las escasas noticias que han quedado de aquel propósito. Uno de los capítulos de la obra versaba sobre la filosofía del arte gótico, según propia afirmación¹¹. Y según recuerda uno de sus amigos, esta *Filosofía* contendría “un sistema novísimo que, imponiéndose a los canonistas de las letras y de la moral, por la plasticidad de la forma, viniere a señalar, por la fuerza de las ideas, las posibles influencias del esplendor en el desarrollo supremo de la sensibilidad y del carácter”¹². ¡Imaginaciones de poeta!

⁷ Carta inédita a D. Alfonso Mora Naranjo (ca. 1915?), en *Índice Cultural* (Bogotá), V, 19 (febrero de 1955), pág. 443.

A propósito, esta *Filosofía del lujo* parece haber sido inspirada por un ensayo estético de EDGAR ALLAN POE, *Philosophy of furniture* (1840), que describe el mobiliario ideal de una habitación norteamericana y critica el gusto entonces imperante en los Estados Unidos. Conozco el trabajo en la versión francesa publicada por Charles Baudelaire, *Philosophie de l'ameublement* (1852). Cf. sus *Oeuvres complètes*, Traduccions: EDGAR POE, *Histoires grotesques et sérieuses*, París, 1937, págs. 203-212.

⁸ Cartas ‘testamentarias’ a Jaramillo Meza, junio-julio 1941, *loc. cit.*

⁹ MANUEL JOSÉ JARAMILLO, *Conversaciones de Barba-Jacob*, Bogotá, 1946, pág. 9. Expresión que rebrota en un verso del poema *El pensamiento perdido*:

enfermedad sagrada que busca lo Absoluto.

(*Antorchas*, pág. 126).

¹⁰ *Claves*, *loc. cit.*, pág. 75.

¹¹ Carta inédita a D. Alfonso Mora Naranjo, *loc. cit.*

¹² M. J. JARAMILLO, *Conversaciones*, pág. 133.

VISIONES DE VIDA

Son visiones de vida todos los elementos poéticos anteriores a la muerte; todo lo que hay de vivo en esa poesía: la propia vida, el amor, la eternidad, la alegría, la naturaleza, el espíritu; el mundo, la mujer, la poesía; y todo lo vivo que anticipa la muerte: la lujuria, el pecado, el dolor, el sentimiento de fugacidad. A continuación tratamos de exponer, con la mayor claridad y concisión posibles, y a base del comentario inmediato de los textos, el pensamiento 'vitalista' de Barba-Jacob, como preparación para la inteligencia de su pensamiento 'agonista', clave de su numen y meta de este ensayo.

VISIÓN DEL MUNDO.

Entre sus recuerdos de infancia, hay una frase reveladora: "Yo amaba la flor de San Juan, porque sus hondos tonos violáceos tenían el color de mi representación del mundo"¹³. Es un color de matices mortales, el color de la Semana Santa. Preside la visión del mundo del poeta, desde su propia niñez. Con los años irá adquiriendo tonos más profundos y sombríos, hasta acabar convirtiéndose en una oscuridad sin esperanza, "una negrura que da vértigos"¹⁴.

Dolor y ebriedad serán resultado de tan siniestra visión. Frente al dolor que ella le produce, el poeta, soberbio, eleva la alegría ficticia y pasajera del vino y el placer. Y afirmará

que vio, desde los círculos del día,
regir el mundo una embriaguez y un llanto¹⁵.

El llanto y las orgías, dueños de su mundo, serán ya constantes de su pensamiento poético. Pesar ante la muerte, y frente a la muerte, como desafío, los goces dislocantes.

¹³ *La divina tragedia...*, loc. cit., pág. 51.

¹⁴ "...allende la última belleza que él [el ser] conciba se extenderá siempre 'una negrura que da vértigos'" (*La diadema*, loc. cit., pág. 42).

¹⁵ *Antorchas*, pág. 93: *Acuarimántima*, I.

Mas el poeta, pletórico de sabiduría antigua, constatará también

que la alegría es lúgubre...

y que hay en las orgías un grito de pavora...¹⁶.

El goce que oponía al dolor y a la muerte, se le tornará, a su vez, en llanto... Pena y más pena, desolación, darán su tónica más honda a su visión del mundo, y la harán cada vez más nocturna y más tétrica. Rey de un gran reino sombrío¹⁷, Porfirio nos invita desde sus versos a rehacer su trayectoria lúgubre, el viaje de que él no retornó.

NATURALEZA.

La contemplación de la naturaleza crea en él una visión plácida. Al fin hallamos en aquel canto de desolación que es toda su obra, una emoción salutífera, un sentimiento sereno. La naturaleza tiene para él calidades divinas: está vista con ojos de poeta panteísta. El mar se le aparece como "la inmensidad sagrada"¹⁸. Y el contacto con esa divinidad crea sólo imágenes puras, hijas de un lírico misticismo contemplativo.

Advirtamos que la primera poesía de Porfirio, en gran parte perdida, está consagrada a cantar la naturaleza de su tierra antioqueña y de las tierras que el poeta iba viendo en sus primeros viajes. Es poesía de acento eglógico, de leves nostalgias y de plenitud del gozo juvenil¹⁹. Pues bien, esta veta de amor a la naturaleza no llega a apagarse nunca del todo, ni siquiera cuando arrecian las tormentas oscuras: el poeta conservará su

¹⁶ *Ibid.*, pág. 160: *Canción de la hora feliz*.

¹⁷ Así le llama su amigo RAFAEL HELIODORO VALLE, *Poemas desconocidos...*, *loc. cit.*, pág. 163. Y JARAMILLO MEZA, *Vida*, pág. 54, cuenta que, en efecto, los amigos de Porfirio solían llamarle 'el Príncipe sombrío'.

¹⁸ *Antorchas*, pág. 237: *Ante el mar*.

¹⁹ Como se mira en el soneto galante *Teresita* (ca. 1905):

Eres tierna y lozana...
el aroma de mis campos nativos.

Cfr. ALBERTO UPEGUI BENÍTEZ, *Exégesis literaria de las poesías de Barba-Jacob*, Medellín, Colombia, 1942, pág. 185.

emoción religiosa ante el cielo y el mar, los ríos y los árboles, los caminos. Son también instantes, como breves oasis de ternura, en medio del torbellino trágico del mundo.

Cruzando las campiñas, tiemblo bajo la gracia
de esta bondad augusta que me llena...
¡Oh dulzura de mieles! ¡Oh grito de eficacia!
¡Oh manos que vertisteis en mi espíritu
la sagrada emoción de la noche serena!²⁰.

O bien,

La noche azul me cubre;
mi frente se circunda
de lirios y de estrellas,
y nace mi bondad y va fluyendo;

y en la inquietud absorto,
sobre la hierba trémula,
mi corazón humilde
ama todas las cosas;

Y siento hervir mi sangre,
y quiero derramarla,
y esta virtud cruenta
me va purificando...²¹.

Sin embargo, hay un momento en que también la naturaleza le trae recuerdos tenebrosos, como en *Ante el mar*:

Yo traje la visión de mis campos nativos
a la orilla del mar,
y la sentí borrarse, y tuve un calofrío
de vida y muerte...

Dilatando la vista
miré en redor la inmensidad sagrada...
Y quise hablar... Y el fácil movimiento
de mis labios contuve
¡como si el proferir una palabra
fuera tal vez mi muerte!²².

²⁰ *Antorchas*, págs. 91-92: *El corazón rebotante*.

²¹ *Ibid.*, págs. 218-219: *Virtud interior*.

²² *Ibid.*, pág. 237.

VIDA.

Barba-Jacob es, por su más célebre *Canción*, el poeta de la Vida Profunda, o sea de los motivos internos de la vida: unos móviles, fértiles o plácidos, otros sórdidos, lúbricos o lúgubres, y otro, por último, mortal²³. Así, hay días de movilidad, en que la vida es clara, undívaga y abierta; días de fertilidad, en que el alma brota florestas de ilusión; días de placidez, en que todas las cosas nos hacen sonreír; y hay días de sordidez, en que la noche nos sorprende tasando el bien y el mal; días de lubricidad, días insaciados, de renovado estremecimiento; días lúgubres, en que el alma gime, inconsolable, bajo el dolor del mundo; y hay también un día en que levamos anclas, en que ya nadie nos puede retener. He ahí, dispuestos en una gradación ascendente, los internos motivos. Del vagar, del divagar y del sonreír, pasamos a la maldad, a la lujuria y al dolor, y de éstos, repentinamente, a la muerte. En ella acaban, pues, como siempre, los pasos de la vida.

Esta trágica visión de la vida, se reafirma en unos desconocidos versos de Porfirio, muy antiguos, — de seguro anteriores al clásico ensayo de Unamuno *Del sentimiento trágico de la vida* (1912) —, de los que surgen tres estrofas reveladoras:

Es un furioso viento, un invencible viento
de amor airado y trágico, de vinos, de alegría;
y por oculto azar oyes cada momento
las voces de la muerte y el canto de la orgía...

¡La Vida, la profunda Vida trémula y loca!
La de verdad: la Única, de brillo transitorio,
que escancia sus almíbares en nuestro vaso frágil
y dora nuestras frentes con un fulgor ustorio!
La sola grande y trágica que bajo el sol fecundo
no hay huerto que no agite ni hoguera que no encienda;
la que en impulsos bárbaros, al golpe de un acero,
duplica con la sangre la intensidad tremenda²⁴.

²³ *Ibid.*, págs. 114-115.

²⁴ *La hora cobarde*, en RAFAEL HELIODORO VALLE, *Poemas desconocidos...*, *loc. cit.*, págs. 164-165. (En estos antiguos versos el ritmo modernista está más audible que nunca en la obra de Barba-Jacob. Son documentos de iniciación).

La vida, pues, negada y afirmada por la muerte; la sangre derramada, recrea la intensidad vital. Porque

la Muerte sopla su huracán violento,
y fulge más la antorcha de la vida²⁵.

La vida, en fin, es noche del camino, vasta y sola, en medio del amor y la muerte²⁶. Nocturna soledad humana ante el misterio de la vida, que es misterio de amor y muerte; soledad que ni el amor mitiga, porque el amor engendra también a la muerte. La vida está, pues, bajo todos los símbolos, dominada por la destrucción absoluta. Destrucción que creará una vez más la vida sólo para volver a destruirla, y mostrar nuevamente su poderío.

INFANCIA.

Como la naturaleza, la infancia evoca memorias felices en el alma del poeta. Para él, que lleva fija, muy dentro, la visión de su tierra natal, de los campos y montañas de Antioquia, patria de su infancia libérrima, las imágenes de naturaleza e infancia se confunden, a las veces, en una sola visión noble y bienhechora. La infancia es edad feliz, única en la vida de Porfirio, y hacia ella se dirigen las nostalgias del poeta. Saudades de la infancia que expresan versos como

consumido por la pasión
quiero volver a la infantilidad²⁷

²⁵ *Antorchas*, pág. 138: *Canción de la noche diamantina* (en la muerte del poeta mexicano Ramón López Velarde, 19 de junio de 1921).

²⁶ Al señalar la influencia cierta de Rubén Darío en Barba-Jacob, ARANGO compara los dos versos finales del *Poema del otoño* de Darío:

¡Vamos al reino de la Muerte
por el camino del Amor!

con los dos versos finales del poema *¡Oh noche!* de Porfirio:

(¡Oh noche del camino, vasta y sola,
en medio de la muerte y del amor!),

(*Antorchas*, págs. 35-36, 88). Rubén es el maestro indiscutido de Barba-Jacob, pero en esta comparación debe desecharse la idea de una huella directa, pues *¡Oh noche!* (1906) fue escrito cuatro años antes de la aparición del otro poema, en *Poema del otoño y otros poemas*, Madrid, 1910 (libro que recoge versos de 1907-1910).

²⁷ *Antorchas*, pág. 180: *Estancias*.

o como

¡Oh, quién pudiera de niñez temblando
a un alba de inocencia renacer!²⁸.

Ansia de retorno a la infancia, como fuga del mundo que él vivía, ansia que trató de plasmar también en sus memorias de *Niñez*. Edad de oro de los niños:

Los niños son tranquilos y suaves...
sus risas puras y sus ojos graves²⁹.

Y, con íntimo reproche al curso equivocado de su propia vida, el poeta canta a la paternidad:

¡Quién tiene un niño sublima el mundo
y lo nutre de eternidad!³⁰.

Con todo, la placidez de las visiones infantiles no deja de quebrarse — una vez más — en sentido angustiado:

...como un bosque en primavera,
la Muerte está de niños frutecida³¹.

La infancia, como principio de la vida, y la muerte, como término de ella, son dos polos extremos que, en última instancia, llegarán a tocarse y confundirse, como antes naturaleza e infancia, y como siempre amor y muerte, vida y muerte, amor y vida, en una sola visión escalofriante de acabamiento continuado.

AMOR.

El amor en esta poesía es sólo un sentimiento vago, vagamente expresado. Dolorido amor de poeta por los seres y las cosas. En su sentido inmediato de amor a la mujer, no existe apenas: es sólo un recuerdo de la adolescencia, que la

²⁸ *Ibid.*, pág. 184: *Lamentación de octubre*.

²⁹ *Ibid.*, pág. 156: *Los niños*.

³⁰ *Ibid.*, pág. 202: *Paternidad*.

³¹ *Ibid.*, pág. 130: *La dama de los cabellos ardientes*, II.

vida marchitó. Existe como sensualidad desbordante, vertida hacia la pasión de los homosexuales, en sentido que nada de elevación tiene, y a la cual el propio poeta — desgarrador en su sinceridad — no se atreve a dar siempre el nombre de amor. Hay, pues, una oposición entre el amor espiritual — que no es amor a la mujer, aunque lo hubiese sido en la juventud, sino amor a la creación y a la belleza —, y la pasión turbia y destructora de los sentidos.

Amor, amor, aspiración de espíritu,
amor, amor, ¡la carne deletérea!³².

El amor en mi sangre se hacía llamaradas...
Pero mi amor interno me fue melancolía³³.

El poeta ha hablado de su capital “empeño de hacer surgir del hombre bestial el hombre espiritual”³⁴. Empeño que aparece en versos como

Y así mi Musa en su ilusión liviana
de que brote la carne un lirio místico.
Bestia de los demonios poseída,
¡oh carne, es hora ya del don eucarístico!³⁵.

O como

Con pavor mi carne ruge sus locuras...

Mas un día... ¡un día llegaré hasta el cielo
con las llamaradas de mi corazón!³⁶.

Noble empeño poético y humano que, en cierto modo, el poeta relaciona con el “azul imposible” de la novia de sus mocedades.

Tuve una novia... Me parece que fue en abril...³⁷.

³² *Ibid.*, pág. 239: *Nocturno de Jalapa*.

³³ *Ibid.*, pág. 189: *Canción del día fugitivo*.

³⁴ *Claves, loc. cit.*, pág. 77.

³⁵ *Antorchas*, pág. 95: *Acuarimántima*, II.

³⁶ *Ibid.*, pág. 235: *Segunda canción delirante*.

³⁷ *Ibid.*, pág. 195: *Nueva canción de la vida profunda*.

Pero

Después... la vida, el tiempo, el mundo,
¡y al fin mi amor desfalleció como un convólculo!³⁸.

El recuerdo puro de Teresa no le abandona, sin embargo; y tarde ha de reconocer que

la magnolia de luz de la energía,
lleva en su blando seno la mujer.
Mi sien rendida en ese seno blando,
un hombre de verdad quisiera ser...³⁹.

En gesto de soberbia, el poeta se yergue luego contra los recuerdos y declara que es

...el amor mi enemigo sanguinario⁴⁰.

Y que

ni un albo amor ni un odio me estremece⁴¹.

Pues (?)

...la Amada ideal no vino nunca⁴².

Y

No tuve amor, y huían las hermosas
delante de mis furias monstruosas⁴³.

Aparece entonces el gigantesco himno a la lujuria — un himno de alegría frenética que acaba en letal desolación — que da a la poesía de Barba-Jacob uno de sus más peregrinos caracteres y que constituye una de las más descarnadas expresiones de sensualidad que hayan brotado en verso castellano.

La Dama de los cabellos ardientes, símbolo de la lujuria nunca saciada, se apodera para siempre del poeta y le “infunde un fatal amor”⁴⁴.

³⁸ *Ibid.*, pág. 146: *Canción de un azul imposible*.

³⁹ *Ibid.*, pág. 184: *Lamentación de octubre*.

⁴⁰ *Ibid.*, pág. 104: *Acuarimántima*, VII.

⁴¹ *Ibid.*, pág. 155: *La reina*.

⁴² *Ibid.*, pág. 98: *Acuarimántima*, III.

⁴³ *Ibid.*, pág. 194: *Canción innominada*.

⁴⁴ *Ibid.*, pág. 136: *El son del viento*.

La Dama de cabellos encendidos
transmutó para mí todas las cosas,
y amé la soledad, los prohibidos
huertos y las hazañas vergonzosas ⁴⁵.

Es la pasión homosexual que el poeta canta profusamente en poemas muy conocidos, los cuales deben su difusión, más a la extrañeza de sus motivos, que a su propio valor artístico. Aunque es verdad innegable que algunas estrofas de esos poemas malditos están impregnados de profunda belleza: como en los grandes poetas malditos, *Los desposados de la muerte*, *Balada de la loca alegría*, *Canción delirante*, *Elegía del marino ilusorio*, *Canción del día fugitivo*, *Canción de la soledad*, *Nueva canción de la vida profunda*, *El rastro en la arena* (luego rechazado por el autor), *Elegía platónica*, *El son del viento* son, entre otros, los poemas que representan a Porfirio en el coro de los cantores proscritos ⁴⁶.

“Me está reservada una celebridad rencorosa [...]. Pero yo no soy un moralista del amor [...] me conformé con ser un ruiseñor equivocado” ⁴⁷. El poeta habla también de versos cuya publicación “no es posible todavía” ⁴⁸. Sufre por la vejación de que es objeto, pero cree hallar consuelo en su propia inspiración:

Lauros negros mi oprobio me ciñó.
Mas un lúgubre Numen me consuela.
Vuela el tiempo, mi Numen canta y vuela,
¡y nadie ha sido más feliz que yo! ⁴⁹.

⁴⁵ *Ibid.*, pág. 128: *La Dama de los cabellos ardientes*, II.

⁴⁶ Aparte del recuerdo de Teresa, otros nombres de mujeres cruzan por su poesía; pero casi todas dan la sensación de figuras ornamentales, puestas allí con una intención y un valor entendidos. Excepto en *El poema de las dádivas* (RAFAEL HELIODORO VALLE, *Poemas desconocidos...*, *loc. cit.*, págs. 168-172), que recuerda mucho la *Canción de otoño en primavera* de Rubén Darío. (Ya aquí la impronta no puede ser más clara). Uno y otra son cantos de amor a la mujer, de amor sensual, muy auténtico en los dos bardos: sólo que en Darío la “sed de amor no tiene fin” y se lamenta la fuga de la juventud, al paso que en Porfirio las mujeres cantadas son “mujeres de un tiempo florido y lejano”.

⁴⁷ *La divina tragedia...*, *loc. cit.*, pág. 70, y JARAMILLO MEZA, *Vida*, pág. 69.

⁴⁸ *Interpretaciones* (1920), en *Rosas negras*; cfr. JARAMILLO MEZA, *ibid.*, pág. 68.

⁴⁹ *Antorchas*, pág. 194: *Canción innominada*.

Mas, con toda su negación de la moral tradicional, el “ruiseñor equivocado” vive horas de cristiano arrepentimiento:

¡sólo yo pierdo la inefable esencia
de la vida inocente, porque crío
tu gusano letal, Concupiscencia!⁵⁰.

El poeta ama y odia, a la vez, sus bajos placeres, y sabe que a la postre también el goce de ellos se tornará en ceniza:

Carne, bestia, mi Amiga y mi Enemiga:

yo soy tú, que por leyes ominosas...
te haces nada en el polvo de las cosas...⁵¹.

Reaparece entonces la visión agónica de la vida que es tan propia e íntima del poeta:

Amor, por tu delicia y tu frecuencia,
por los valles letárgicos de la carne encantada...

sosiégase en la noche la frente...

Pero mi corazón solloza en su agonía⁵².

También la carne le lleva hacia la muerte. Ese amor de la carne, ese “arcano sentido del amor”⁵³, tienen para él resonancias mortíferas. Y los “donceles” de sus poemas son “los desposados de la muerte”⁵⁴. Nunca más clara la identidad entre el amor y la muerte, o, en este caso, entre la pasión y la muerte⁵⁵.

El poeta se aproxima cada vez más a la destrucción.

⁵⁰ *Ibid.*, pág. 177: *Pecado original*.

⁵¹ *Ibid.*, págs. 95-96: *Acuarimántima*, II.

⁵² *Ibid.*, pág. 139: *Canción de la noche diamantina*.

⁵³ *Ibid.*, pág. 144: *Balada de la loca alegría*, Envío.

⁵⁴ *Ibid.*, págs. 132-133: *Los desposados de la muerte*.

⁵⁵ Identidad que volverá a establecer VICENTE ALEIXANDRE, *La destrucción o el amor*, Madrid, 1935.

DOLOR.

De la vida a la muerte a través del dolor. Es la antesala de la muerte.

“El poeta se abandona en las ráfagas de la pasión, penetra en las más lóbregas comarcas del dolor humano...”⁵⁶ dice Porfirio, al darnos las claves de su poesía. Su poesía es hija del dolor, pues “resume los esfuerzos de muchos años de experiencia honda y seria del dolor humano”⁵⁷. El dolor es móvil del canto. En *Acuarimántima*, gran poema que representa la epopeya de su espíritu, el poeta se nos presenta así, de entrada:

Vengo a expresar mi desazón suprema
y a perpetuarla en la virtud del canto⁵⁸.

Y añade en seguida “que vio... regir el mundo una embriaguez y un llanto”. Dolor, desazón, llanto. Su propia poesía es no más

...un lamento
que va en el viento⁵⁹.

y que irá transformándose en un “lúgubre alarido” de muerte⁶⁰:

Después un viento... un viento... un viento...
y en ese viento mi alarido!⁶¹.

Su dolor es un dolor inédito, desconocido. “Complico el antiguo dolor de la lira — dice — con un dolor que no conoció ninguno de los grandes desolados”⁶².

⁵⁶ *Claves*, loc. cit., pág. 77.

⁵⁷ *La diadema*, loc. cit., pág. 41.

⁵⁸ *Antorchas*, pág. 93: *Acuarimántima*, I.

⁵⁹ *Ibid.*, pág. 191: *Canción del día fugitivo*. Su poesía es un “trágico lamento” que nadie ha comprendido: *ibid.*, pág. 159: *Futuro*.

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 95: *Acuarimántima*, II.

⁶¹ *Ibid.*, págs. 71 y 137: *La divina tragedia...* y *El son del viento* (1920). (Unos años antes ha escrito a un amigo: “México es mi juventud y mi dolor; mis alaridos cabalgan en las brisas mexicanas”. Cfr. RAFAEL HELIODORO VALLE, *El mundo hechicero...*, loc. cit., pág. 39).

⁶² *La diadema*, loc. cit., pág. 41.

Que un dolor nuevo está en el plectro mío⁶³.

...Entre el dolor humano yo expreso otro dolor!⁶⁴.

Un gran dolor incógnito vibraba por su acento⁶⁵.

Dolor del cual le redimen un astro y su locura:

Dolor sin vocablos, abscondito, ardiente...
y un lloro en la noche que un astro redime...⁶⁶.

¡Compensé mi dolor con mi locura,
y nadie ha sido más feliz que yo!⁶⁷.

El dolor de su poesía le redime del dolor de su vida, de su propio dolor. Pues en el dolor de su poesía está la virtud de ella. En su dolor y en su esperanza⁶⁸. Su poesía es poesía de dolor y de esperanza: "¡...algún grito mío subsistirá, porque por mi boca han hablado el dolor, el terror y la esperanza...!"⁶⁹.

¿Cuál dolor, cuál terror, cuál esperanza?

El dolor ante la muerte de la vida, el terror ante la vida de la muerte, y la esperanza más allá de la vida y de la muerte.

IV

VISIONES DE MUERTE

Estamos ya en el ámbito de la muerte, en su centro mismo. Antes el poeta había estado siempre al borde de la muerte, bordeándola: puesto ya el pie en el estribo, como dice Cervan-

⁶³ *Antorchas*, pág. 106: *Acuarimántima*, VIII.

⁶⁴ *Ibid.*, pág. 196: *Nueva canción de la vida profunda*.

⁶⁵ *Ibid.*, pág. 159: *Futuro*.

⁶⁶ *Ibid.*, pág. 140: *Canción de la soledad*.

⁶⁷ *Ibid.*, pág. 194: *Canción innominada*.

⁶⁸ *La divina tragedia...*, loc. cit., pág. 71.

⁶⁹ *Ibid.*, pág. 70. E *ibid.*, pág. 119: *Elegía de septiembre*:

¡nadie supo en la tierra sombría
mi dolor, mi temblor, mi pavora!

tes¹. Ahora está en la vorágine ensordecedora de la muerte, como en el eje de un gigantesco remolino que gira al rededor de su espíritu, asesinandolo para engendrarlo siempre de nuevo, continuamente, y volver a destruirlo, en alterna sucesión de vida y muerte, en perpetua agonía aniquilante. Poeta entre la vida y la muerte, poeta agónico por excelencia es Porfirio. Poeta de agonía que, en último término, está más cerca de la muerte que de la vida: poeta muriente, moribundo: *moriturus* que no saluda a ningún César: que sólo saluda, rencoroso, soberbio, fiero en su desolación, a la reina de la vida, que es la muerte y es la nada.

Altísima poesía, altísima filosofía de este poeta americano que supo de la vivencia y la "victoria de la muerte" como ningún poeta o pensador de América ha sabido saberlo. (Acaso sus visiones sólo podrían compararse a la de los grandes poetas aztecas de la muerte, con Netzahualcóyotl a la cabeza: les acerca el Anáhuac que unos y otro amaron). Altísima visión de este poeta-filósofo que conoció ser la más alta poesía y "la más alta filosofía la consideración de la muerte"².

Sigamos al poeta a través de su reino sombrío. Contemplemos sus actitudes y sus voces ante los panoramas que va, él solo, descubriendo. Nuevo viaje del infierno: Dante sin Virgilio. Solo.

De la misma manera que la reflexión de muerte es la más alta realidad del espíritu, así la muerte es la más alta realidad de la vida, la única esencial. Nada es todo lo demás, pues que todo se torna muerte:

No hay nada grande, nada, sino la Muerte...

Las cosas son la espuma del tiempo en nuestra mano;
la gloria es eco de una proeza urdida en sueños³.

¹ Cf. SANTIAGO MONTERO DÍAZ, *Cervantes, compañero eterno*, Madrid, 1957, págs. 77-123: *La idea de la muerte en la obra de Cervantes*. Ensayo excelente, que me ha sido ejemplo y guía en la elaboración de esta memoria.

² ALONSO DE OROZCO, *Victoria de la muerte* (Madrid, 1921), pág. v. Cfr. MONTERO, *op. cit.*, pág. 85.

³ *Antorchas*, pág. 118: *Triste amor, canción del pesimista*.

Muerte y vida se destruyen y se recrean mutuamente, en odio y en amor inacabable:

La Muerte sopla su huracán violento,
y fulge más la antorcha de la vida ⁴.

Pero la muerte ha de vencer eternamente: la vida fulge sólo para mostrar el triunfo de la muerte:

la Muerte está de niños fruteada ⁵.

La muerte es dueña y señora, reina del universo. Porfirio lo revela, dirigiéndose a un amigo, a todos los hombres:

te hablo en la triste vanidad del verso.
Tú en la Muerte rendido, yo en la Muerte,
ni un grito apenas del afán del mundo
podrá hallar eco en la oquedad vacía.
El Polvo reina, el Polvo, el Iracundo... ⁶.

La muerte es la meta de la vida: en ella se ha de acabar inexorablemente. Habrá días de plenitud, móviles, fértiles, plácidos, y habrá días exhaustos, sórdidos, lúbricos, lúgubres... y podrán volver los claros días y volver los oscuros... tanto da, igual es... unos y otros no son más que pasos contados hacia otro día

en que levamos anclas para jamás volver...
¡Un día en que discurren vientos ineluctables!
¡Un día en que ya nadie nos puede retener! ⁷.

Nada, ni la poesía misma, podrá detener su fatalidad:

Y ha de venir, sin que mis oros valgan,
mi amor esplenda ni mi gloria brille,
pálido espectro... ⁸.

⁴ *Ibid.*, pág. 138: *Canción de la noche diamantina*.

⁵ *Ibid.*, pág. 130: *La dama de los cabellos ardientes*.

⁶ *Ibid.*, pág. 144: *Balada de la loca alegría, Envío* [al poeta colombiano Leopoldo de la Rosa].

⁷ *Ibid.*, pág. 115: *Canción de la vida profunda*.

⁸ *Ibid.*, pág. 204: *La hora suprema*, IV.

Ser para la muerte es condición última del hombre. Lo sabe Porfirio, como lo sabe Heidegger, como lo saben toda la gran poesía y la gran filosofía del mundo. Frente a la realidad de la muerte, hay en Barba-Jacob el sentimiento de la impotencia humana frente al gran misterio, y de allí surge la desesperación primero, mas luego la rebeldía, y más allá — valor y valentía supremos — la serenidad, y más lejos aún, por fin, la desolación absoluta, la muerte misma. Porfirio llega tan lejos en sus visiones de muerte, que, unificándose a la postre con ella, asesina su poesía, muere, desaparece.

En un principio, clama desesperado ante la presencia del viento en que vuela la muerte:

...un viento... un viento... un viento...
y en ese viento mi alarido!⁹.

Desesperado e impotente:

...a la Muerte se rinde fiero
y rencoroso mi corazón¹⁰.

Desesperado, impotente y temeroso:

Y quise hablar... Y el fácil movimiento
de mis labios contuve
¡como si el proferir una palabra
fuera tal vez mi muerte!¹¹.

Mas luego, en un movimiento pesado y seguro, como de gigante, el poeta se yergue frente a la muerte, y la increpa de igual a igual, de potencia a potencia; desafiante:

¡Y estoy sereno! En medio del obscuro "algún día",
de la sed, de la fiebre...
— ¡el día del adiós a todo cuanto amamos! —
yo evocaré esta hora y me diré a mí mismo,
sonriendo virilmente: — "Poeta, en qué quedamos?"
Y llenaré mi vaso de sombras y de abismo...
¡el día del adiós a todo cuanto amamos!¹².

⁹ *Ibid.*, pág. 137: *El son del viento y La divina tragedia...*, *ibid.*, pág. 71.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 154: *En la muerte del poeta, tragedia grotesca y sin sentido*, IV, 'La caída del telón'.

¹¹ *Ibid.*, pág. 237: *Ante el mar*.

¹² *Ibid.*, pág. 160: *Canción de la hora feliz*.

A la vista de su espíritu rodeado por la nada, el poeta, por su propia virtud, va cobrando más fuerza:

¡Sé digna de este horror y de esta nada,
y activa y valerosa, oh alma mía!¹³.

Hasta llega a hablar de la muerte como una vivencia fortalecedora:

... en las ráfagas de su huracán postrero,
fui hasta la Muerte:.. Un alba se hizo en mi corazón¹⁴.

El poeta sueña, el poeta ama la belleza y el arte, el poeta hace y vive poesía, como un reto a la muerte:

a pesar de la fúnebre Muerte y la sombra y la nada,
yo tuve el ensueño¹⁵.

Reto a la muerte. Desafío. Acción. Ya no cabe la sola contemplación:

Viaje loco, locuras innúmeras,
y contra la Muerte, coros de alegría¹⁶.

Alegría frente a la muerte. Alegría que resulta de su serenidad, de su valor, de su fortaleza. "Estoy sereno" ha dicho¹⁷. No es la serenidad del cristiano esperanzado, seguro del más allá; es la serenidad del orgulloso, del que se sabe inmenso, del que confía en la supervivencia terrena de su espíritu por su acción de arte. (Dios no aparece invocado como ser todopoderoso en su poesía... Porfirio es un místico sin Dios, un místico de Sa-

¹³ *Ibid.*, pág. 96: *Acuarimántima*, II.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 160: *Canción de la hora feliz*.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 119: *Elegía de septiembre*.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 140: *Canción de la soledad*.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 160: *Canción de la hora feliz*.

tán)¹⁸. Actitud acaso sin segundo en poeta de lengua española, y en la que casi nadie podrá acompañarlo, pero actitud plena de coraje y autenticidad.

Alegría frente a la muerte. *Orgía pagana*¹⁹. El vino. Doncellas y donceles: la balada de la loca alegría:

¡Alegría! ¡Alegría! ¡Alegría!²⁰.

Alegría como anticipada venganza contra la muerte:

a beber, a danzar al son de mi canción²¹.

¡Reíd, danzad al soplo de Dionisios que embriaga el corazón!²².

... Alzad el canto,

reíd, danzad en báquica alegría

y haced brotar la sangre que embriaga el corazón²³.

Entrad en la danza, en el feliz torbellino:

reíd, jugad al son de mi canción²⁴.

¡A beber! ¡A danzar en raudos torbellinos,
vano el esfuerzo, inútil la ilusión!²⁵.

El poeta ha llegado a la locura desenfrenada. Ha sobrepasado los límites de la humana posibilidad de sentir, de comprender y de desesperar. Y se desploma. Se desintegra. Ha desafiado a la muerte y la muerte — la siempre victoriosa — ha ganado la partida. Su alegría acaba siendo engaño: se torna en una desolación innominada. El poeta sabía que así había de acabar: en derrota y en muerte. Y no ha cejado. Su grito de combate se torna en un alarido pavoroso. Y se pierde en la lejanía infinita...

¹⁸ "En medio de la orgía se oyen las acres negaciones de la soberbia lúgubre, y en la tremenda actitud de la Musa se podría ensayar una mística de Satán" (*La diadema, loc. cit.*, pág. 41).

¹⁹ *Antorchas*, pág. 140: *Canción de la soledad*.

²⁰ *Ibid.*, pág. 144: *Balada de la loca alegría, Envío*.

²¹ *Ibid.*, págs. 142-144: *Balada de la loca alegría*.

²² *Ibid.*, pág. 142: *Balada de la loca alegría*.

²³ *Ibid.*, pág. 143: *Balada de la loca alegría*.

²⁴ *Ibidem*.

²⁵ *Ibid.*, pág. 144: *Balada de la loca alegría*.

La sombra del poeta continúa: sólo la sombra, porque el alma del poeta ha muerto.

La sombra del poeta continúa su viaje infernal más solo que nunca: ya sin él mismo.

Estamos en el reino de la muerte.

V

EL PRINCIPE SOMBRIO

Como todo el pensamiento agonista contemporáneo de Occidente, el pensamiento poético de Porfirio Barba-Jacob se destruye a sí mismo, por obra de su letal desolación inacabable. Ello lo aproxima más a los grandes cantores modernos de la muerte en el Viejo Mundo, como Baudelaire o Dostoyevsky, Unamuno o Rilke, que a los grandes cantores modernos de la vida en su Nuevo Mundo, como Sarmiento o Martí, Darío o Neruda, apóstoles de una *Weltanschauung* vitalista americana que un día decidirá del futuro del pensamiento y la cultura universales. Barba-Jacob, poeta agonista, no pertenece, pues, a nuestra 'ortodoxia' vitalista, que cada día va erigiéndose más en dogma espiritual de los hombres de América, y cuyo alcance trasciende — armonizándola — la humana oposición de las razas, de las religiones y de las banderías politizantes. ¡Cósmica América, sibila y porvenir de la humanidad!

Porfirio está fuera del espacio y del tiempo americanos. Solo y sombrío. Pero es también, a su manera diabólica, un apóstol y un redentor. Marcha hacia la muerte como a un sacrificio: se sacrifica por amor a sus semejantes. Quiere salvar a los hombres: salvarlos de su olvido de la muerte. Quiere que los hombres conozcan la vivencia de la muerte, antes de que mueran. Y él se ofrece en holocausto: seguro de perecer en la tarea, Porfirio llega vivo a las proximidades de la muerte, la contempla, revela su misterio a los hombres... y muere. Muere redimiéndonos de nuestro olvido. Poniéndonos en presencia de la más alta verdad de la vida: la muerte. Místico de la muerte,

místico de un amor ignorado, sufre por nosotros un dolor sin número ni nombre. Y no quiere que se le imite: sufre por nosotros.

¡Paz a su memoria! ¡Piedad para su espíritu soberbio y generoso!

GERMÁN POSADA MEJÍA.

BIBLIOGRAFIA

1. OBRAS DE BARBA-JACOB

1) Ediciones básicas:

Rosas negras, edición de Rafael Arévalo Martínez, Guatemala, 1932-1933.

Canciones y elegías, edición de "Alcancia", México, 1932-1933.

La canción de la vida profunda y otros poemas, edición de J. B. Jaramillo Meza, Manizales, Colombia, 1937.

El corazón iluminado, (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, núm. 40), Bogotá, 1942.

Poemas intemporales, México, Editorial Acuarimántima, 1943-1944. [Reedición: México, 1957].

Antorchas contra el viento, reedición de *El corazón iluminado*, Edición de Daniel Arango, (Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, núm. 40), Bogotá, 1944.

2) Otras ediciones:

Porfirio Barba-Jacob, Estudio de RAFAEL MAYA, en *Cuadernillos de Poesía Colombiana*, núm. 4 y *Universidad Católica Bolivariana* (Medellín, Colombia), IV, núm. 14 (febrero-marzo 1942).

Seis canciones de Porfirio Barba-Jacob, en *Hojas de Poesía* (Bogotá), núm. 1 (febrero 1942).

ALBERTO UPEGUI BENÍTEZ, *Exégesis literaria de las poesías de Barba-Jacob*, Medellín, Colombia, 1942.

Quince poemas de Porfirio Barba-Jacob, edición de Carlos García Prada, (Colección Literaria de la *Revista Iberoamericana*, A, núm. 1), México, 1942.

Sus mejores versos, en *Cuadernillos de Poesía* (Bogotá), núm. 7 (1944).

Poemas, en *Cántico* (Bogotá), V, núm. 13 (1948).

2. OBRAS SOBRE BARBA-JACOB

- AMAYA GONZÁLEZ, VÍCTOR, *Barba-Jacob, hombre de sed y de ternura*, Bogotá, D. E., 1957.
- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, *Historia de la literatura hispano-americana*, México-Buenos Aires, 1954.
- ARANGO, DANIEL, Prólogo, en *Antorchas contra el viento*, Bogotá, 1944.
- ARÉVALO MARTÍNEZ, RAFAEL, *El hombre que parecía un caballo y otros cuentos*, Guatemala, 1951.
- CUESTA, JORGE, *Antología de la poesía mexicana moderna*, México, 1928.
- ESPINOSA PÓLIT, AURELIO, *Horacio, cantor de la muerte*, en *Bolívar* (Bogotá), núm. 47 (septiembre de 1957).
- DAIREAUX, MAX, *Panorama de la littérature hispano-américaine*, París, 1930.
- FINLAYSON, CLARENCE, *La poesía humana de Porfirio Barba-Jacob*, en *Universidad de Antioquia* (Medellín, Colombia), XII, núm. 65 (1944).
- GALLO, UGO, *Storia della letteratura ispano-americana*, Milano, 1954.
- GARCÍA PRADA, CARLOS, *Poetas modernistas hispanoamericanos: Antología*, Madrid, 1956.
- GARCÍA PRADA, CARLOS, *Antología de líricos colombianos*, Bogotá, 1936.
- GONZÁLEZ MARTÍNEZ, ENRIQUE, *Porfirio Barba-Jacob, huracán y canto*, en *América* (México), núm. 47 (abril, 1946).
- HENRÍQUEZ-UREÑA, MAX, *Breve historia del Modernismo*, México-Buenos Aires, 1954.
- HOLGUÍN, ANDRÉS, *La poesía inconclusa y otros ensayos*, Bogotá, 1947.
- JARAMILLO, MANUEL-JOSÉ, *Conversaciones de Barba-Jacob*, Bogotá, 1946.
- JARAMILLO MEZA, J. B., *La tierra de la infancia*, Bogotá, 1954.
- JARAMILLO, MEZA, J. B., *Vida de Porfirio Barba-Jacob*, Bogotá, 1956.
- JUNCO, ALFONSO, *Una llama al viento, Porfirio Barba-Jacob*, en *Abside* (México), XII, 1 (encio-marzo de 1957).
- Laurel: Antología de la poesía moderna en lengua española*, México, 1941.
- NARANJO VILLEGAS, ABEL, *La parábola del retorno*, en *Revista Ibero-americana* (México), XIV, 27 (junio de 1948).
- ONÍS, FEDERICO DE, *Antología de la poesía española e hispanoamericana*, Madrid, 1934.
- ORTEGA, JOSÉ J., *Poesía colombiana*, Bogotá, 1942.
- OSORIO LIZARAZO, J. A., *Un gran poeta americano: El viento que esperaba Porfirio Barba-Jacob*, en *Histonium* (Buenos Aires), XII, 133 (junio de 1950).
- RODRÍGUEZ MIRA, PEDRO, *Oro y verbena*, Medellín, 1946.
- VALENCIA GOELKEL, HERNANDO, *Destino de Barba-Jacob*, en *Mito* (Bogotá), II, 8 (junio-julio de 1956).

- VALLE, RAFAEL HELIODORO, *El mundo hechicero de Barba-Jacob*, en *Revista de América* (Bogotá), núm. 16 (abril de 1946).
- VALLE, RAFAEL HELIODORO, *Poemas desconocidos de Porfirio Barba-Jacob*, en *América* (México), núm. 57 (septiembre de 1948).
- VALLE, RAFAEL HELIODORO, *Cartas inéditas de Barba-Jacob*, en *El Tiempo* (Bogotá), 18 de febrero de 1951.
- VALLE, RAFAEL HELIODORO, *Inéditos de Barba-Jacob*, en *Vida Universitaria* (Monterrey, México), VII, núm. 335 (21 de agosto de 1957).

3. OBRAS GENERALES

- ALONSO, AMADO, *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, segunda edición, Buenos Aires, 1951.
- ALONSO, DÁMASO, *Poetas españoles contemporáneos*, Madrid, 1952.
- ANDERSON IMBERT, E., *Rubén Darío poeta*, en *Estudios sobre escritores de América*, Buenos Aires, 1954.
- BOUSOÑO, CARLOS, *La poesía de Vicente Aleixandre*, segunda edición, Madrid, 1956.
- DARÍO, RUBÉN, *Poesía, Libros poéticos completos y antología*, México-Buenos Aires, 1952.
- FERRATER MORA, JOSÉ, *Diccionario de filosofía*, 3ª ed., Buenos Aires, 1951.
- FERRATER MORA, JOSÉ, *El sentido de la muerte*, Buenos Aires, 1947.
- GÓMEZ RESTREPO, ANTONIO, *Caro, crítico*, prólogo a MIGUEL ANTONIO CARO, *Páginas de crítica*, Madrid, [s. f.].
- GROSSMANN, RUDOLF, *Gestalt und Wesen der modernen spanisch-amerikanischen Dichtung*, en *Deutsche Kultur im Leben der Völker* (München), XIII. Jahrgang, Heft 2 (Juli 1938).
- HEIDEGGER, MARTIN, *Erläuterungen zu Hölderlins Dichtung*, Frankfurt am Main, 1951.
- LORENZ, ERIKA, *Rubén Darío "bajo el divino imperio de la música": Studie zur Bedeutung eines ästhetischen Prinzips* (Iberoamerikanische Reihe, Band 24), Hamburgo, 1956.
- MARÍAS, JULIÁN, *Miguel de Unamuno*, 2ª ed., Buenos Aires-México, 1951.
- MONTERO DÍAZ, SANTIAGO, *Cervantes, compañero eterno*, Madrid, 1957.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *Obras completas*, tercera edición, tomo I, Madrid, 1953.
- Páginas sobre Alfonso Reyes*, II, Monterrey (México), 1957.
- PFEIFFER, JOHANNES, *La poesía: Hacia la comprensión de lo poético*, (Breviarios del Fondo de Cultura Económica, núm. 41), México-Buenos Aires, 1951.
- SALINAS, PEDRO, *Jorge Manrique o tradición y originalidad*, 2ª ed., Buenos Aires, 1952.
- SALINAS, PEDRO, *La poesía de Rubén Darío: Ensayo sobre el tema y los temas del poeta*, Buenos Aires, 1948.

- SERRANO PONCELA, SEGUNDO, *Antonio Machado, su mundo y su obra*, Buenos Aires, 1954.
- TRIADÚ, JOAN, *La poesia segons Carles Riba*, Barcelona, 1954.
- UNAMUNO, MIGUEL, *Ensayos*, tercera edición, Madrid, 1951, 2 vols.
- VASSEUR, ALVARO ARMANDO, *Todos los cantos*, I (1898-1912), Montevideo, 1955.
- VOSSLER, KARL, *Poesie der Einsamkeit in Spanien*, (Sitzungsberichte der Bayerischen Akademie der Wissenschaften), München, 1935, 1936, 1938, drei Teile.
- ZUBIRÍA, RAMÓN DE, *La poesía de Antonio Machado*, Madrid, 1955.